

INTRODUCCION

En un artículo publicado recientemente en nuestro país, Armando Bartra (1989) ofrece un acabado resumen de su postura teórica respecto del fenómeno de la presencia generalizada de pequeños y medianos productores en el agro latinoamericano. En dicho artículo, al igual que en su producción anterior (1979, 1982), es posible apreciar el carácter estructural de las preocupaciones de Bartra, su intención de demostrar que la producción campesina es, en esencia, una forma de producción capitalista y que, por lo tanto, el campesinado es una clase propia del modo de producción capitalista. El tratamiento que hace Bartra de esta cuestión presenta un grado de abstracción relativamente elevado, puesto que se propone dar cuenta de una gran variedad de situaciones concretas que componen lo que podríamos denominar «el fenómeno campesino latinoamericano». Ello implica que Bartra debe enfatizar los rasgos comunes en desmedro de las diferencias entre los diversos casos.

El rasgo común a todos los casos que se presenta con un peso tal que resulta imposible dejar de ubicarlo en una posición analítica privilegiada, es el hecho de que la reproducción de todas las formas de producción campesina ocurre en un medio capitalista. Independientemente de su origen histórico y de sus rasgos específicos, toda producción campesina es realizada en un contexto donde el modo de producción capitalista ocupa una posición dominante. Así,

Existencias o no campesinos precapitalistas en el pasado de una formación social determinada, la pequeña y mediana producción mercantil no empresarial puede producirse o reproducirse en ella como resultado de la propia racionalidad del capital y, en este sentido, las relaciones de producción que la caracterizan son tan capitalistas como el resto (1989:7).

Este hecho -que toda producción campesina se da en un marco capitalista- es el punto de partida del análisis

de Bartra. Partiendo de aquí, para demostrar su afirmación de que, en ese contexto, tal producción sólo puede reproducirse en virtud de la lógica del capital, Bartra debe demostrar lo siguiente:

- primero, que el capital puede obtener algún tipo de beneficio al mantener formas de producción no empresariales es decir, que estas son funcionales para el proceso de acumulación del capital;

- segundo, que -desde un punto de vista general- el capital es capaz de extraer excedente (plusvalor) de formas de producción no típicamente capitalistas, y

- tercero, que -en virtud de su funcionalidad y de la posibilidad de extraer valor de ellas-, el capital está en condiciones de poner en marcha ciertos mecanismos específicos que le permitan extraer el excedente y reproducir esas formas de producción al mismo tiempo.

La funcionalidad de la producción campesina no empresarial ha sido fehacientemente demostrada por el mismo Bartra en el artículo mencionado (1989, op. cit.), y en su artículo referido a los restos capitalista de la tierra (1979). En cuanto a los otros dos puntos, se encuentran desarrollados fundamentalmente en su libro «La explotación del trabajo campesino por el capital» (1982). Allí analiza la capacidad del capital para explotar a formas de producción «no capitalistas desde la óptica de los conceptos de subsunción formal y real, demostrando que el proceso global de acumulación del capital puede abarcar a dichas formas de producción. Sobre esta base, Bartra pasa a recorrer el camino -a su juicio- inverso, es decir, a tomar la producción campesina como punto de partida para demostrar cómo ella valoriza al capital y es reproducida al hacerlo.

Sin embargo, debido al nivel de generalidad en el que -como vimos-, se coloca, Bartra pretende describir esta reproducción partiendo del supuesto de que ella se encuentra regida por el capital global (ibid.: 80 y 81): ello implica analizar los mecanismos de dicha reproducción en forma abstracta, como si siempre hubiera operado, atemporalmente. Se deja de lado la forma en que el capital construye los mecanismos de subordinación y reproducción de la forma de produc-

(*) Becario de investigación UBACYT (Cat.: Estudiante). Se desempeña en el marco del proyecto «Estructura económica y políticas de intervención del Estado en el área del Paraná enterrriano», bajo la dirección del Lic. Mauricio F. Boivin, Instituto de Ciencias Antropológicas - Sección de Antropología Social, FFyL.

ción a analizar, con lo que se vuelve imposible describirlos siquiera adecuadamente. Más aún, al omitir este aspecto del análisis, tampoco es posible dar cuenta acabadamente de la capacidad general del proceso de valorización del capital global para valerse de procesos de trabajo «no capitalistas».

La actitud de Bartra es, por cierto, comprensible en relación con sus objetivos teóricos y políticos: de su análisis de desprende convincentemente la idea de que el campesino es un productor de origen capitalista. Pero ella resulta en una comprensión fragmentaria y abstracta de la reproducción de producción campesina: su análisis, aunque contiene los elementos requeridos para lograr una comprensión cabal del fenómeno, no llega a conformar. Y ello resulta particularmente evidente cuando se intenta emplear este enfoque en la consideración de un caso específico, como lo hemos hecho nosotros. En tal situación, la insuficiencia del análisis de Bartra se revela en toda su dimensión. Por esa razón intentamos confrontar los aportes de este autor con nuestro material a fin de introducir en su teoría las modificaciones y los agregados necesarios para dar cuenta de nuestro caso, sin por ello restar validez a las conclusiones generales de Bartra. De hecho, creemos que la consideración de casos específicos es un buen punto de partida para emprender una reformulación de la propuesta de Bartra, de manera de superar el nivel abstracto en que él la desarrolló.

Los resultados de nuestro intento constituyen el contenido del presente artículo. Si bien, como hemos dicho, nuestra reelaboración del análisis bartriano se ha basado en la consideración del caso que es objeto de nuestras tareas de investigación, hemos preferido, a fin de facilitar la lectura, exponer separadamente los elementos teóricos y su aplicación al caso (la cual, por otra parte, será necesariamente breve por razones de espacio). Sin embargo, es imprescindible hacer una aclaración antes de iniciar nuestra exposición.

El caso que ha servido de base a las reflexiones que siguen ha sido el de la producción pesquera no empresarial del área del río Paraná entrerriano, más específicamente, del Departamento de Victoria, donde se localiza el mayor movimiento pesquero en la provincia. Evidentemente, si definimos al campesino como una clase de productor agrícola, los pescadores no son campesinos. Existen, sin embargo, dos razones por las cuales hemos considerado que el análisis de Bartra es aplicable a la producción pesquera entrerriana. La primera es que los elementos desarrollados por este autor respecto de la capacidad del capital global para emplear en su valorización a procesos de trabajo no empresariales (la llamada «subsistencia general, que veremos más adelante), son aplicables por igual a todos los procesos de trabajo de apariencia «no capitalista» que se desarrollen en formaciones sociales capitalis-

tas. En este sentido, como veremos, desde el punto de vista del proceso de valorización del capital global, la producción campesina y la pesquera pueden ser tratados como elementos análogos «teóricamente hablando». La segunda razón es que existen semejanzas específicas importantes entre la producción pesquera y la campesina: en primer lugar, ambas se desarrollan en base a un recurso natural, lo que tiene importantes consecuencias que veremos en las próximas páginas; y, en segundo término, en ambos casos se trata de productores que son propietarios de sus medios de producción «medios que son tecnológicamente simples en términos relativos», que tienen un acceso limitado pero relativamente libre al recurso «por ser dueños de su tierra o por poder hacer uso del río», y que, en general, presentan bajos niveles de acumulación.

Las razones expuestas justifican un tratamiento teórico equivalente de ambos tipos de producción, por lo que nos consideramos en condiciones de reformular las ideas de Bartra partiendo de un caso de pequeña producción no empresarial que no puede ser considerada agrícola. Ello no obsta por la consideración de las diferencias que surgen de las diversas naturalezas de ambas formas de producción. Creemos, por otra parte, que la validez de la aplicación de los conceptos desarrollados por Bartra a la pesca quedará evidenciada en el curso de nuestra exposición.

EL ANALISIS DE BARTRA (I): DESDE EL CAPITAL GLOBAL HACIA LA ECONOMIA CAMPESINA

El núcleo del problema campesino se encuentra, para Bartra, en «un conflicto fundamental del modo de producción capitalista que hasta hoy había sido poco explorado: la contradicción entre la desigualdad y particularidad de los procesos laborales y la universalidad de las relaciones de producción consustancial al sistema» (1989:5). La resolución de esta cuestión implica recorrer un doble camino: «partir del capital como un todo para mostrar a la economía campesina como resultado, o tomar al trabajo campesino como punto de partida para llegar al capital valorizado como resultado» (1982: 80). En esta sección nos ocuparemos del primer camino o, mejor dicho, de una parte del mismo, por cuanto omitiremos el tratamiento que Bartra hace de la funcionalidad de la economía campesina para el capital, en tanto que sus conclusiones a tal respecto no se relacionan con su demostración teórica de la capacidad del capital para valorizarse a través de procesos laborales no empresariales¹.

El problema que ocupa a Bartra en este punto es, pues, el de la caracterización en términos teóricos de la economía campesina. Su análisis comienza descartando la interpretación estructuralista que distingue entre el nivel del modo de producción, simple, abstracto

y ahístorico, y el de la formación social, concreto, real, histórico. En este enfoque, el problema campesino queda fuera de la teoría del modo de producción capitalista, donde la agricultura aparece como una rama más de la industria, ubicándose en el de las formaciones sociales: allí, la especificidad de la producción agrícola queda reducida a un problema histórico determinado por la articulación del modo de producción capitalista con modos de producción «heredados» (Ibid.: 25 y 26). Para Bartra, en cambio, modo de producción y formación social son categorías «universales concretas», esto es, categorías que proporcionan la clave para la comprensión de fases históricas determinadas: son, a la vez, concretas y universales, lógicas e históricas. No es posible, por ende, relegar la historia de una de ellas y la universalidad a la otra.

Sin embargo, las categorías de modo de producción y formación social, por su forma de exposición, tienden a diferenciarse. La teoría de un modo de producción exige la supresión de ciertas determinaciones concretas en aras de la «inmediata universalidad» de su presentación, mientras que la de una formación social debe renunciar a la explicitación de la universalidad en bien de la concreción. Ambos niveles de análisis, el universal del modo de producción y el particular de la formación social, no presentan discontinuidad teórica, no se pasa, al recorrerlos, de la lógica a la historia, pues

la existencia particular del campesinado en tal o cual fase de la sociedad burguesa o en tal o cual formación regional capitalista, tiene su fundamento en la condición de posibilidad universal de la existencia del campesinado en el modo de producción capitalista y a la vez las formas específicas que adopta esa existencia particular constituyen las mediaciones a través de las cuales la universalidad adquiere concreción (Ibid.: 31; subrayados de Bartra).

Retomando los términos que empleábamos más arriba, podríamos decir que la «existencia particular» del campesinado es lo que Bartra analiza al considerar su funcionalidad para el capital en momentos históricos específicos, que la «condición de posibilidad universal» es la capacidad del capital global para valorizarse a través de procesos laborales no empresariales y que las «mediaciones» son las formas específicas a través de las cuales el capital subordina y reproduce a esos procesos laborales. Nos concentraremos por el momento en la condición de posibilidad universal de la existencia del campesinado en el modo de producción capitalista.

Si se pretende dar cuenta de la contribución de

la economía campesina al proceso global de valorización del capital dentro de la teoría del modo de producción capitalista es necesario, como indica V. Benholdt-Thomsen (1981: 1527), modificar la teoría clásica del valor, puesto que ella sólo incluye al trabajo asalariado. El intento de Bartra en este sentido se inicia con el análisis de los conceptos de proceso de producción, proceso de trabajo y proceso de valorización (1982: cap. IV).

Bartra señala que, para Marx, el proceso de producción capitalista constituye la unidad inmediata de un proceso de trabajo y un proceso de valorización, unidad en la que el segundo proceso es dominante. No obstante su unión, ambos procesos pueden ser analizados, en un primer momento, por separado. Precisamente, al analizar el proceso de valorización haciendo abstracción del proceso de trabajo, Marx encuentra las condiciones formales del proceso de producción capitalista, es decir, lo que él denomina «subsumción formal del trabajo por el capital» (Ibid.: 52). Luego, al analizar ambos procesos en su unidad inmediata, encuentra la «subsumción real del trabajo por el capital». La esencia de la subsumción formal consiste en que

... todos los valores de uso adquieren el carácter de valores de cambio (desdoblamiento) y que la lógica de los valores de cambio se impone sobre la de los valores de uso (inversión) y en factor decisivo es la transformación de la fuerza de trabajo en mercancía (Ibid.: 52 y 53).

Entre tanto, la subsumción real consiste en la adecuación de los dos aspectos de la producción capitalista: su subordinación formal a la valorización del capital y la adecuación técnica del proceso de trabajo a las condiciones más favorables para aquella valorización. En este sentido, la subsumción real es la unidad inmediata y efectiva de los procesos de trabajo y valorización (Ibid.: 53; véase además Marx, 1985: 54 y ss. y 59 y ss.).

Los conceptos de subsumción formal y real, indica Bartra, se relacionan desde un punto de vista lógico con los de plusvalía absoluta y relativa. El concepto de plusvalía absoluta «pone de manifiesto el que la jornada laboral capitalista es más prolongada que el tiempo de trabajo necesario, mientras que el concepto de plusvalía relativa se refiere a la proporción entre el tiempo de trabajo necesario y el excedente» (1982: 57, subrayado en el original). Ambos conceptos son complementarios, en el sentido de que la plusvalía absoluta siempre está presente y es base de toda plusvalía relativa.

Existen, en el modo de producción capitalista, dos vías para incrementar la plusvalía. La primera, la de

incrementar la plusvalía absoluta, se basa en prolongar el trabajo excedente sin modificar el trabajo necesario, en tanto que la segunda, la de incrementar la plusvalía relativa, consiste en reducir el tiempo de trabajo necesario sin extender la jornada. La sociedad capitalista se basa en la plusvalía absoluta, pero la vía dominante para incrementar la plusvalía es la de la relativa, es decir la de la introducción de incrementos en la productividad.

Existirá, pues, una correspondencia lógica entre los conceptos de plusvalía absoluta y de subsunción formal, en tanto que esta no supone la modificación del proceso de trabajo, sino «simplemente», su subordinación al proceso de valorización. De igual forma, dado que la subsunción real supone la adecuación del proceso de trabajo a la máxima valorización del capital, existe una correspondencia entre esa categoría y el concepto de plusvalía relativa. De esta forma,

Es claro que entre las categorías de subsunción formal y subsunción real existe una relación lógica y que ambas surgen de diferentes niveles de abstracción en el análisis del proceso de producción capitalista. Es claro también que el concepto de subsunción real es más concreto que el de subsunción formal pues no se refiere a un sólo aspecto del proceso de producción capitalista sino a los dos y finalmente, es evidente que el primer concepto contiene al segundo (Ibid.: 53).

Ahora bien, si las formas de trabajo no empresariales presentan una apariencia precapitalista «s», precisamente, porque no se basan en el trabajo asalariado, que es el elemento decisivo de la subsunción formal. Desde este punto de vista, formas de trabajo como la pesquera o la campesina no podrían ser consideradas como subsumidas formalmente por el capital y, por ende, tampoco podrían estar subsumidas en forma real «ya que la subsunción real supone a la formal. Sin embargo, Bartra observa que aún así el capitalismo arranca al productor directo trabajo impago de dos maneras: empujando para el productor las condiciones de intercambio sin que aumente su productividad (vía absoluta), y aumentando su productividad sin modificar las condiciones del intercambio (vía relativa). Si bien, en rigor, no hay subsunción formal ni real, ni hay tampoco plusvalía, cabe decir que hay extracción de plusproducto al productor independiente por una vía absoluta y por una relativa (Ibid.: 58). La solución de este dilema depende de una reformulación de los conceptos de subsunción formal y real.

Bartra explica que las nociones de subsunción formal y real son utilizadas por Marx especialmente en el capítulo VI (inédito) del libro I de «El Capital»

(Marx, 1985) y, por ende, su contenido está limitado por el nivel de análisis en que se desarrolla ese primer tomo, dedicado al proceso de producción del capital. Allí, el proceso de producción del capital es analizado abstractamente, como si se desarrollara en una «fracción de capital» dotada de «autonomía», y es considerado, además, como un «proceso de producción en sentido estricto», por contraposición al proceso de producción «en sentido amplio», que incluye tanto la producción propiamente dicha como la circulación. Así, los procesos de trabajo y de valorización aparecen como si se presentaran en el interior de un sólo proceso productivo, en una abstracta unidad de producción «la «fracción de capital» dotada teóricamente de autonomía. Pero, apunta Bartra,

sería un error pensar que esta «fracción de capital» es una empresa singular y que lo que se dice de ella puede aplicarse a las unidades de producción concretas que operan al interior de una formación social capitalista, las cuales, a diferencia de la «fracción de capital» que está analizando Marx carecen de «autonomía» y sólo se explican por el proceso de producción-circulación global en el que están inscritas (1982: 59).

Entonces, concluye Bartra, los conceptos de subsunción formal y real deben ser desarrollados para referirlos al capital global, en lugar de aplicarlos directamente a unidades de producción singulares identificadas erróneamente con las «fracciones de capital» a que se refería Marx.

En lo que se refiere al proceso de producción-circulación global, para Bartra, no puede haber dominación del modo de producción capitalista sin subsunción real del trabajo por el capital, puesto que la ley económica básica del capital no puede imponerse si, en términos generales, el proceso global de trabajo no está al servicio del proceso global de valorización, es decir, si no ha sido refuncionalizado para ello. De esta suerte, la subsunción real del trabajo por el capital global significa que en una sociedad capitalista el capital ocupa el papel dirigente, que todo proceso de trabajo es también un proceso de explotación y que todo excedente es expropiado y transformado en capital, con lo que se cumplen las condiciones formales de la subsunción general.

Lo dicho no implica que sea necesario que la subsunción formal se haya desarrollado en todas las ramas y unidades de producción, lo que equivaldría a afirmar que el modo de producción capitalista sólo se impone cuando todos los medios de producción son capital y toda la fuerza de trabajo es asalariada: si así fuera, podríamos afirmar que no existe ni ha existido

en el mundo ninguna formación social capitalista (2).

Por el contrario,

... la subsunción real del trabajo por el capital global significa, no sólo que todos los procesos de trabajo deben estar al servicio de la valoración del capital, sino también una determinada organización y división social del trabajo, en la que los procesos laborales de las diferentes ramas adoptan proporciones adecuadas a las necesidades de la reproducción en escala ampliada del capital y a la máxima acumulación global. (...) La dominación del modo de producción capitalista, y por lo tanto la subsunción real, se da en la medida en que el capital se apodera «o desarrolla» las ramas claves de la industria apropiándose del segmento decisivo de los medios de producción y proletarianizando al sector fundamental de la fuerza de trabajo. Esto basta para que el resto de las unidades de producción y ramas puedan ser puestas al servicio del capital, lo que significa que todos los medios de producción operan directa o indirectamente como medios de producción del capital, y que todo el plus trabajo de los productores directos, asalariados o no, termina por transformarse en capital (Ibid.: 40; subrayado de Bartra).

Así, Bartra concluye que es posible que se haya impuesto la subsunción formal y real del trabajo en el capital como forma general, aún cuando en ciertas ramas o en ciertas unidades de producción se encuentran, como formas particulares, la subsunción formal sin subsunción real, la ausencia total de subsunción formal y de refuncionalización técnica y, por último, la adecuación técnica de los procesos de trabajo a la máxima valorización del capital en ausencia de subsunción formal. Este último es el caso de la economía campesina y pesquera, en la medida en que se haya producido algún tipo de transformación técnica desde su sometimiento por el capital. Como ya vimos, no cabe hablar aquí de subsunción real en particular, puesto que se encuentra ausente la subsunción formal que constituye su base; por ello, Bartra se refiere a la adecuación del contenido material del proceso productivo a la racionalidad tecnológica del capitalismo explicando el término «subsunción material» (1989: 5).

Por último, Bartra agrega que esta variedad de formas particulares no sólo es posible, sino que es consustancial al desarrollo del modo de producción capitalista: la dominación del capital no se da bajo la forma de la homogeneización sino bajo la de la diver-

sificación, bajo la forma de una desigualdad creciente en lo que se refiere al grado y tipo de desarrollo de las fuerzas productivas y al carácter de las relaciones de producción de cada rama.

Queda así demostrado, en opinión de Bartra, que el capital es capaz de producir o refuncionalizar, así como de reproducir formas económicas campesinas. Si a esto se le agrega la demostración que este autor hace de la funcionalidad actual de la economía campesina latinoamericana para el proceso global de valorización, se habrá completado el primer camino analítico propuesto por Bartra, apareciendo la economía campesina como el producto de una opción del sistema capitalista. Con ello, Bartra considera demostrado que la economía campesina se reproduce como resultado de la propia racionalidad del capital operando en una situación específica:

[La reproducción de la economía campesina] en el mundo moderno no se explica por una supuesta inercia histórica. No se trata de un remanente del pasado sino de un producto de la lógica capitalista cuando ésta opera sobre la base de un proceso discontinuo y estacional como lo es el agrícola (Ibid.: 9).

Resta, tan sólo, exponer los mecanismos específicos de esa reproducción, es decir, recorrer el camino inverso, que va de la producción campesina hacia el capital valorizado. Pero, antes de seguir a Bartra en ese recorrido, es necesario hacer una breve observación respecto del razonamiento expuesto en las páginas precedentes.

El nivel de lo expuesto es, en términos generales, abstracto: se trata de una cuestión del orden de las leyes del modo de producción capitalista y, en consecuencia, debe ser tratada priorizando la perspectiva lógica por sobre las consideraciones concretas. Estas son relegadas por Bartra —en términos generales— al tratamiento que hace del tema de la funcionalidad y a su análisis de los mecanismos de reproducción-subordinación de la economía campesina que veremos más adelante. Sin embargo, existe una cuestión de orden más lógico que concreto que Bartra omite y que debió haber sido tratada en el marco del razonamiento antes expuesto: la de los mecanismos por medio de los cuales el capital, merced a su control de las ramas, los medios de trabajo y la fuerza de trabajo fundamentales, consigue someter al resto de la economía.

Aunque acertada, la demostración de Bartra es parcial: se nos dice que el control de ciertas áreas centrales de la economía es lo que permite al capital global adecuar la división social del trabajo a las mejores condiciones para su valorización, pero el único argumento que se ofrece en favor de esta afirmación es que

regarla equivaldría a desconocer el rol dominante del capitalismo en la actual formación social a nivel mundial. Evidentemente, este argumento de carácter meramente negativo no puede conformarnos. Para que el argumento se sostenga es necesario mostrar cuál es el elemento (o los elementos) que queda a disposición del capital mercantil a su control de aquellas áreas centrales de la economía, y en base al cual él puede apoderarse de -o desarrollar- todas las demás ramas de la producción.

Este no es un problema que pueda resolverse separadamente para cada caso, puesto que aunque los mecanismos específicos de subordinación empleados por el proceso global de valorización varían de caso en caso (en función del tipo de subordinación particular a implantar), todos ellos deben tener un fundamento común. Bartra pasa por alto este problema, prefiriendo analizar directamente la reproducción de la economía campesina sobre el supuesto de que el modo de producción capitalista ejerce su dominación sobre ella con anterioridad al momento en que se hace el análisis. Prefiere, en definitiva, hacer un corte en el tiempo a indagar la constitución histórica de esa dominación, para evitar que la introducción de demasiadas determinaciones concretas reste validez universal a su análisis. Por ello no necesita profundizar en la cuestión «abstracta» de la capacidad del proceso global de valorización para regir la división social del trabajo, conformándose con invocar el hecho prácticamente incuestionable de que el sector industrial es el que rige al conjunto de la economía -más específicamente, la industria productora de bienes de producción (1982: 60)-.

De esta forma, por afán de generalizar, Bartra deja trunca su demostración del carácter capitalista de la economía campesina. A continuación veremos que, por idénticas razones, tampoco puede completar su exposición de los mecanismos de producción de esa forma de producción. Más adelante retomaremos el análisis de Bartra en el punto en que él lo interrumpe, a fin de intentar elaborar los elementos que nos permitan pasar de la «condición de posibilidad universal» de la existencia del campesinado en el capitalismo al hecho «concreto» de su existencia y reproducción en el seno de ese modo de producción.

EL ANÁLISIS DE BARTRA (II): ¿DESDE LA ECONOMÍA CAMPESINA HACIA EL CAPITAL GLOBAL?

Una vez presentada, a su juicio, la economía campesina como el resultado de una opción del capital global, Bartra se propone recorrer el camino inverso, tomando al trabajo campesino como punto de partida para llegar al capital valorizado. Sin embargo, sólo recorre este camino a nivel de la exposición, puesto que su razonamiento parte, en realidad, del capital global:

... si bien en la exposición partiremos de la economía campesina para llegar al capital valorizado como resultado, tendremos al capital global como un supuesto originario y aceptaremos como dadas las categorías que explican su reproducción (Ibid.: 80 y 81; subrayados de Bartra).

En este pasaje Bartra explicita el tipo de corte del que parte su análisis. La economía campesina aparece ya conformada y reiteradamente reproducida por el capital global: más aún, el capital aparece como supuesto originario de la existencia de la economía campesina, lo que resulta coherente con lo expuesto anteriormente por Bartra. Lo que queremos destacar es que al suponer la acción previa del capital sobre la economía campesina y omitir su análisis, Bartra construye un objeto abstracto: un ciclo productivo campesino que, partiendo de condiciones reproducidas previamente por la acción del capital, concluye en la reposición de esas mismas condiciones. En el análisis de ese ciclo abstracto, pretende enmarcar su descripción de los mecanismos empleados por el capital para reproducir la economía campesina, suponiendo que los mismos mecanismos han actuado anteriormente. El problema de este tipo de enfoque es que no da cuenta de cómo esos mecanismos llegaron a constituirse, en tanto que su acción se supone invariable a lo largo del tiempo.

Pretendiendo investir de universalidad a su análisis, Bartra se ubica en un nivel completamente abstracto, en el cual se supone que los mecanismos que en la actualidad reproducen una forma de producción son los mismos que sirvieron para conformarla o refuncionalizarla. Este es, sin lugar a dudas un supuesto muy fuerte que exige una demostración. Pero Bartra, que no quiere introducir en su análisis a la historia de los diferentes casos para que esa diversidad no le impida extraer conclusiones universales, opta por fundarlo en su demostración de la «condición de posibilidad universal» de la existencia del campesinado, demostración que -como vimos- no es satisfactoria. Como consecuencia de esta opción, le resulta imposible siquiera describir adecuadamente los mecanismos de reproducción de la economía campesina, porque la sutileza de los mismos permanece oculta.

En definitiva, al no analizar la constitución histórica de los mecanismos de subordinación y reproducción de la economía campesina, Bartra no puede pasar de su condición de posibilidad a su existencia real. Y, como consecuencia de ello, ni siquiera puede describir cabalmente a ninguna de las dos: vimos ya que su análisis de la posibilidad de la existencia de una economía campesina en el capitalismo quedaba inconcluso; ahora veremos que también su descripción de la reproducción de dicha economía es insatisfactoria y que incurre en varias contradicciones.

Bartra comienza por describir el «proceso inmediato

de producción» del campesino, tomando para ello la caracterización que Marx (1985: 65 y ss.) hace de la producción artesanal medieval, caracterización que Bartra considera aplicable, «con leves matices», al «campesino medio» (1982: 81 y 82). De dicha descripción surge una imagen de la producción campesina tal que ella parece ser «un proceso de trabajo concreto cuyo resultado es la producción de valores de uso y cuyo objetivo es la reproducción del propio productor» (Ibid.: 82). Sin embargo, esta no es más que la «apariencia inmediata» de la pequeña y mediana producción agropecuaria: el análisis deberá partir de ella para ubicarla en el contexto de la reproducción del capital social y descubrir en su relación con ese contexto la clave de la subordinación campesina (Ibid.: 80).

Esta vinculación entre la producción campesina y su contexto capitalista surge, en principio, de su necesidad de incorporar valores de uso que ella no produce y de que parte de lo que produce no es autoconsumido. Ello da lugar a flujos de valores de uso que se presentan como intercambios mercantiles en el mercado capitalista, puesto que el capital aparece como único comprador y vendedor para la producción campesina. Así, para Bartra, el campesino parece relacionarse con el capital porque éste es el único «por decirlo de alguna manera «interlocutor comercial válido». Sin embargo, es menester advertir que Bartra no dice por qué el campesino no puede producir todo lo que consume ni consumir todo lo que produce: la explicación de esta incapacidad del campesino de autorreproducirse parece remitirse típicamente a sus condiciones de producción, condiciones cuya reproducción pretende explicar Bartra «pero cuyo origen queda sin discutir».

El intercambio que establecen el campesino y el capital es, dice Bartra, sistemáticamente desigual, y las razones de tal desigualdad no pueden ser halladas en la circulación a menos que lo que intercambien no sea de la misma naturaleza. Precisamente, los productos del campesino pueden haberse desdoblado en valor de cambio y valor de uso, pero para él el valor de cambio no es más que el soporte del valor de uso. El desdoblamiento es lo que permite al producto del trabajo campesino entrar al mercado capitalista pero no lo hace en las mismas condiciones que otras mercancías. La lógica que ha presidido la producción de la mercancía campesina es una lógica no invertida, donde el valor de uso aparece como objetivo de la producción; pero esa mercancía entra a un mercado capitalista, donde la lógica se encuentra invertida, apareciendo el valor de cambio como elemento regulador de la circulación de toda mercancía. Y, puesto que el intercambio en ese mercado no se rige por los valores sino por los precios de producción, la mercancía del pequeño agricultor «que no ha sido producida como portadora de

plusvalía aunque la contiene y que no presenta un valor desdoblado en trabajo necesario y excedente», no puede imponerse automáticamente por su precio de producción. Esta diferencia cualitativa de las mercancías campesina y capitalista constituye la condición de posibilidad de un intercambio permanentemente desigual en términos de precios de producción (Ibid.: 85).

El origen de esta diferencia cualitativa se encuentra en la diferente índole de los procesos de producción de que cada mercancía proviene. Esto significa que en la mercancía campesina no ha ocurrido una inversión, que el valor de cambio no se ha impuesto al valor de uso porque el objetivo del proceso productivo campesino es la reproducción:

... el proceso productivo campesino tiene como objetivo inmanente su propia reproducción como unidad inmediata de trabajo y consumo, de modo que aún si produce exclusivamente para vender y todo lo que consume lo adquiere en el mercado, su objetivo sigue siendo el valor de uso. El valor de cambio aparece entonces como condición de posibilidad del intercambio de valores de uso, los cuales desde la perspectiva inmanente del campesino, constituyen el comienzo, el final y el objetivo de esta circulación (Ibid.: 83; subrayado por Bartra).

Adviértase que la lógica depende aquí del objetivo del proceso productivo: las mercancías del campesino tienen como elemento regulador a su valor de uso porque han sido producidas con el objetivo de reproducir su proceso productivo. Pero Bartra no da cuenta de este objetivo, limitándose a tomarlo de la descripción que hacía Marx de la producción artesanal. De hecho, todo lo que nos dice de él es que «inmanente» al proceso productivo campesino, que el campesino tiene una «perspectiva inmanente», lo cual no es del todo coherente con su demostración anterior del carácter capitalista de la producción campesina: si esta forma de producción es capitalista no se entiende cómo puede tener una lógica «inmanente». Aparentemente, esto debe entenderse como la afirmación de la existencia de una inexplicable lógica propia de la producción campesina que el capital global no hace más que reproducir: esto es inadmisibles desde la perspectiva asumida por Bartra.

Siguiendo con su razonamiento, Bartra afirma que el campesino vende para poder comprar y este es el único fin al que condiciona su intercambio, mientras que el capital vende para obtener una ganancia y sólo en esas condiciones acepta el intercambio. Así, el campesino habrá de ceder su mercancía por un precio inferior a su precio de producción porque, a diferencia

del capital «no puede dejar de vender por el hecho de no obtener ganancias y tampoco está en condiciones de transferirse a otra rama pues sus medios de producción no han adquirido la 'forma libre del capital'» (Ibid.: 85). Es necesario mencionar dos cuestiones en relación con este pasaje.

La primera es que Bartra no explica aquí por qué el campesino «no puede dejar de vender por el hecho de no obtener ganancias». Su análisis previo de la lógica del campesino no implica que este deba vender aunque no pueda obtener una ganancia, sino simplemente que puede llegar a hacerlo en caso de necesidad. De hecho, la afirmación de Bartra se basa en su suposición de que los mecanismos que el capital global emplea para reproducir a la economía campesina han actuado antes de que el campesino produzca las mercancías que finalmente vende por montos inferiores a sus precios de producción; y esa acción previa del capital tiene por resultado —como veremos— la mera reproducción de las condiciones de trabajo del campesino, lo que obliga a este a producir de nuevo en las mismas condiciones y a aceptar un intercambio desigual del que depende su reproducción. Así, el campesino, cuyo objetivo es la reproducción, puede intercambiar en condiciones inaceptables para el capital y, de hecho, debe hacerlo porque el accionar previo del capital global lo ha colocado en una situación en la cual negarse a vender sus productos equivale a resignar sus posibilidades de reproducción. Lo que Bartra no explica es cómo se estableció inicialmente este círculo de reproducción simple-intercambio desigual-reproducción simple.

La segunda cuestión a la que queremos hacer referencia es la del papel que Bartra atribuye a la forma de los medios de producción del campesino. Según la cita que Bartra hace de Marx, un conjunto de medios de producción presentan la forma libre del capital cuando, tanto en cuanto a su forma material como al volumen de su valor, aparecen como cantidades determinadas de trabajo objetivado, pudiendo en consecuencia adoptar la forma de cualesquiera condiciones de trabajo (Ibid.: 81): es decir, cuando su propiedad puede transformarse en dinero y transferir su actividad a otra rama de la producción. Los medios del campesino no presentan esta forma libre, lo que implica que su unidad productiva carece de la flexibilidad que caracteriza al capital.

En el fragmento citado —así como en la mayor parte del trabajo de Bartra— la cuestión de la forma de los medios de producción es tratada independientemente de la del objetivo de la producción campesina. El hecho de que los medios no sean un «capital» en el sentido estricto del término actúa como refuerzo de la incapacidad del campesino para retirarse del mercado originada —como vimos— en el objetivo de su pro-

ducción: el campesino debe vender en condiciones desfavorables porque su mercancía, producida como valor de uso, no puede imponerse en el mercado por su precio de producción y, además porque no puede vender sus medios de producción y trasladarse a otra rama de la producción.

De esta forma, ambos factores son independientes, y el determinante es el objetivo de reproducción que rige la economía campesina:

Naturalmente nada obliga a la unidad campesina a rechazar la alternativa de maximizar sus ingresos haciéndolos, por lo menos, comparables a los de la empresa capitalista, pero esta alternativa de ganancia media, que siempre está abierta para el capital, proviene de su naturaleza despersonalizada y fluida, mientras que la economía campesina tiene la rigidez de una unidad que ante todo necesita garantizar la subsistencia física de sus miembros. El campesino no puede transformar sus medios de producción en dinero ni transferir su trabajo a otras actividades más rentables más que a costa de dismantelar su célula económica y proletarianizarse.

Pero paradójicamente, la principal «desventaja» de la unidad campesina frente a la empresa capitalista no radica tanto en su rigidez e incapacidad de monetarizarse y fluir hacia mejores alternativas, como en su capacidad de subsistir en condiciones insostenibles para el capital. Esta perseverancia, que pospone la quiebra hasta el punto en que toda reproducción es imposible, es el origen de una distorsión en la fijación de los precios de mercado y la causa contrarrestante que propicia una transferencia de valor (Ibid.: 92 y 93).

Pronto veremos que en otro momento de su análisis, Bartra contradice este punto de vista, encontrando determinadas relaciones entre la forma de los medios de producción y el objetivo del proceso de producción campesino. Pero antes debemos retomar la exposición del análisis de Bartra.

La transferencia de valor que se produce en el intercambio desigual que el campesino entabla con el capital es también una relación de explotación, puesto que, conlleva la pérdida, por parte del campesino, de parte de su trabajo cristalizado en productos (Ibid.: 87 y 88). La clave de esta relación de explotación no se encuentra en el proceso de producción ni en el mercado, sino en la combinación de ambos. La explotación del campesino se consume en el mercado, al cambiar de manos el excedente, pero su base se en-

cuentra en la naturaleza del proceso de producción y consumo en el que se crean los productos vendidos y se consumen los adquiridos, es decir, son las condiciones internas del proceso de producción campesino:

... la condición de la explotación se cumple en el proceso de producción, por cuanto éste se desarrolla con vistas a la reproducción y con medios que no han cobrado la forma libre del capital, pero la explotación se consume en el mercado donde el campesino transfiere su excedente a través de un intercambio desigual (Ibid.: 89; subrayados de Barra).

Una vez más, encontramos aquí la contradicción ya mencionada de considerar internas a «condiciones que son producto de la actividad reproductora del capital. Ella surge claramente cuando poco más adelante Barra que la producción campesina, vista en el proceso global, no sólo es premisa, sino también resultado, puesto que «como vimos antes», el intercambio desigual genera «tanto un capital valorizado como campesinos que apenas han podido reponer sus condiciones de trabajo y por tanto obligados a producir de nuevo en las mismas condiciones» (Ibid.: 89 y 90). Y es aquí donde Barra contradice su tratamiento anterior de los medios y el objetivo, al agregar que «el proceso global reproduce la unión productor-directo-medios de producción y con ello reproduce la relación». La contradicción radica en que de aquí surge que la base de la relación está en la unión productor-medios, basada en el carácter «no libre» de estos, mientras que antes ese carácter aparecía como un factor secundario. Toda la relación de explotación depende ahora de la unión entre el productor y sus medios que no son «capital», y no, como en la exposición anterior, del objetivo de la producción del campesino.

La naturaleza de esta contradicción se aclara cuando Barra se refiere a aquellas unidades campesinas que, por poseer mejores tierras y medios de producción, logran ingresos diferenciales más elevados que el resto de las unidades. Afirmar que la «omnipresencia de la racionalidad capitalista» tiende a imponerse sobre estas unidades: «Los medios de producción modernos y el dinero obtenido a crédito tienden a imponer automáticamente sus propias reglas del juego en términos de amortización y rentabilidad» (Ibid.: 119); el ritmo de la reproducción ampliada tiende a fijarse en torno a la máxima acumulación y la escala de la producción a depender de los medios de producción disponibles, y no de la disponibilidad de trabajo familiar como sucede en las unidades que emplean medios de menos valor. Al fin, este proceso culmina en la «mutación cualitativa y una inversión en las relaciones internas de la unidad y en su racionalidad eco-

nómica»: los medios de producción, transformados en capital, pasan a ser el elemento organizador de la producción, transformándose la unidad campesina en unidad capitalista (Ibid.: 119; subrayado por Barra).

Es evidente aquí que se plantea una relación entre el carácter de los medios de producción y la racionalidad económica de las unidades de producción, relación que antes permanecía ignorada. Es más, en ella el polo dominante es el constituido por la forma de los medios de producción, en tanto un cambio en ésta parece conllevar cambios en el objetivo y en la lógica del proceso de producción, lo que contradice la prioridad analítica acordada antes al papel del objetivo del proceso para explicar la explotación campesina. Sin embargo, Barra no parece percibir contradicción alguna entre esta afirmación y su análisis anterior.

Vemos, pues, que tal como lo anticipamos, la opción de Barra por un análisis ahistórico —al que más que de sincrónico cabe acusar de abstracto— lo incapacita para comprender plenamente la reproducción de la economía campesina en el modo de producción capitalista. Nos encontramos ahora en condiciones de ofrecer una visión de conjunto de nuestros reparos respecto del análisis barriano.

Barra se propone demostrar el carácter de clase específica del modo de producción capitalista del campesinado. Para llevar a término esta tarea, correspondiente a la teoría del modo de producción capitalista, Barra se coloca en nivel de abstracción elevado en el que sustenta la pretensión de universalidad de su análisis. En este nivel, la consideración de los mecanismos de subordinación empleados por el capital para apropiarse de «o desarrollarse» cada caso específico de producción campesina, es desestimada, puesto que tales mecanismos son muy variados. Prefiere, en cambio, emprender una tarea doble.

En primer lugar, trata de demostrar que el capital global tiene la capacidad de extraer valor de procesos productivos que no presentan las condiciones formales propias de un proceso de producción capitalista. Y, en segundo término, analiza la forma en que el capital reproduce a dichos procesos valiéndose de sus «condiciones internas». Sin embargo, al dejar de lado el proceso original de subordinación —o de creación en condiciones subordinadas— de esos procesos por el capital, no puede llegar a comprender el pasaje de la capacidad «universal» del capital para subordinarlos al hecho histórico del ejercicio efectivo de esa capacidad. No puede tampoco, en consecuencia, completar su análisis de ninguno de los elementos: su descripción de la capacidad del capital permanece a un nivel muy general, ya que nos dice de dónde proviene (de su control sobre las áreas centrales de la economía), pero no en qué consiste exactamente (qué capacidad específica pone en juego el capital, merced

a su control sobre aquellas áreas de la economía, a fin de extender su dominio a todas las ramas de la producción; y su análisis de la reproducción de la economía campesina incurre en contradicciones respecto de la naturaleza de su explotación por el capital (atribuyéndola a «condiciones internas» al tiempo que se afirma su carácter de producto del capital), y del tratamiento que se hace de las relaciones entre la forma de los medios de producción y el objetivo del proceso productivo.

En nuestra opinión, Bartra no advierte -o no le interesa analizarla- la existencia de una base común a la gran diversidad de mecanismos de subordinación empleados por el capital. Esa base debe ser precisamente, la capacidad específica a la que hacíamos referencia en el párrafo anterior, que tiene su base en el control del capital sobre las ramas centrales de la producción social, y que le permite apoderarse de -o desarrollar- el resto de las ramas y sentar las condiciones de su reproducción subordinada. Creemos que el punto de partida más adecuado para identificar y analizar esa capacidad es la consideración de las dos contradicciones en que hemos visto que incurre Bartra. En la próxima sección intentaremos emprender esta tarea apoyándonos en los aciertos de Bartra para elaborar un análisis alternativo de la existencia de formas de pequeña producción no empresarial en formaciones sociales capitalistas. De más está decir que no pretendemos con estas líneas agotar la cuestión sino, simplemente, aportar al debate un punto de vista surgido de la confrontación del análisis bartriano con un caso concreto.

PRIMERA CONTRADICCION: MEDIOS DE PRODUCCION Y OBJETIVO DEL PROCESO PRODUCTIVO

La cuestión a discutir en esta sección es la de las relaciones existentes entre las denominadas «condiciones internas» del proceso de producción campesino y -en general- de la pequeña producción no empresarial, en la que el productor emplea medios de producción que le pertenecen y donde la disponibilidad de trabajo doméstico aparece como el elemento regulador del proceso productivo y los niveles de acumulación son bajos. Hemos visto, en el análisis de Bartra, dos posiciones opuestas a este respecto. La primera planteaba la dependencia de la lógica del pequeño productor respecto del objetivo de su proceso productivo y la total independencia del carácter de los medios de producción en relación a estos factores; la prioridad analítica era concedida al par objetivo/lógica, que constituía la base de la subordinación campesina, en tanto que la forma «no libre» de los medios de producción aparecía reforzando esa subordinación. La segunda,

por el contrario, parecía sugerir la existencia de relaciones entre los tres elementos, y -aparentemente- el factor predominante en tales relaciones era la forma de los medios de producción. A fin de optar entre estas dos alternativas, debemos llamar la atención sobre un hecho muy común que no es considerado por Bartra con toda la atención que merece: nos referimos a lo que él denomina «la omnipresencia de la racionalidad capitalista».

Hemos visto que, al referirse a las unidades campesinas de ingresos más elevados, Bartra afirmaba que la «omnipresencia de la racionalidad capitalista» tendía a imponerse sobre ellas al operarse la transformación de los medios de producción en capital. Este fenómeno aparecía limitado a unas pocas unidades:

... a esta desnaturalización se oponen no tanto ciertas tendencias internas del campesino como los mecanismos de explotación hasta ahora analizados. La capacidad de retener sistemáticamente un excedente suficientemente grande como para ser acumulado en forma de medios de producción es excepcional aunque no imposible. Para la enorme mayoría de los campesinos las únicas tendencias operantes son la proletarianización o la reproducción de su capacidad socioeconómica de pequeños productores explotados (ibid.: 119).

En este fragmento se encuentra delineada una explicación de por qué la racionalidad capitalista no puede imponerse sobre las unidades campesinas medias, pero no aparece aquí ningún elemento que nos indique que ella no puede estar presente en dichas unidades. Lo único que Bartra dice en este sentido, en un pasaje citado más arriba (pp. 18), es que nada obliga a la unidad campesina a rechazar la alternativa de maximizar sus ingresos, pero en la práctica esta alternativa no le está abierta en tanto que su prioridad es garantizar la subsistencia física de sus miembros. De esta forma, Bartra parece consciente de que la «racionalidad capitalista» puede estar presente en cualquier unidad campesina independientemente de su nivel de acumulación, pero este factor no le parece relevante en tanto que dicha racionalidad no puede imponerse más que en algunas de ellas.

Por nuestra parte, no creemos que sea posible ignorar esa presencia. En primer lugar porque al hacerlo nos condenamos a analizar no a la unidad campesina «real» sino a un tipo ideal, a una unidad campesina «en estado puro», a una mera construcción teórica. Y, en segundo término, porque en el curso de nuestro trabajo de investigación hemos podido comprobar la importancia de esta presencia de la «racionalidad capitalista» en relación al comportamiento económico

de los pequeños productores. En el caso particular de los pescadores del Dpto. de Victoria, encontramos que si bien expresan su intención de obtener ganancias y toman muchas de sus decisiones económicas (respecto, por ejemplo, de la distribución del trabajo familiar entre varias ramas de la producción: pesca, caza, etc), pensando en la obtención de ganancias, ello no obsta para que en la mayor parte de los casos vendan su producción sin obtener ganancias cercanas a la media, ni para que casi todas las unidades ingresen, a lo sumo, realizar una reproducción en escala ampliada (la cual, como señala Bartra, no es más que una «acumulación controlada» por el capital (ibid.: 120). En este caso, ignorar la presencia de la intención de obtener ganancias porque ella sólo puede dominar por completo la economía de una minoría de las unidades productivas sería un grave error ya que nos impediría comprender las actividades del resto de las unidades. Y, puesto que la racionalidad capitalista -por razones que serán consideradas más adelante- es verdaderamente «omnipresente», debemos considerar, desde un punto de vista teórico, la posibilidad de que en muchos otros casos de pequeña producción independiente ella incida en el comportamiento económico de las unidades (lo que, de hecho, ocurre en muchos casos).

Como vemos, existen varias razones para tener en cuenta este elemento. Más adelante analizaremos su procedencia y su papel en la producción no empresarial. Lo que queremos destacar en este punto es que la posibilidad de que la racionalidad económica capitalista (entendida como la «búsqueda de ganancias y la priorización del valor de cambio sobre el de uso), se encuentre presente en unidades cuyos medios de producción no presentan la forma libre del capital no se condice con la primera posición de Bartra respecto de las relaciones existentes entre las «condiciones internas» del proceso de producción campesino. Hemos dicho que la racionalidad capitalista sólo se impone cuando los medios de producción presentan una forma libre: por el contrario, la racionalidad que tiende a la reproducción debe su predominio en unidades que operan en contextos capitalistas al carácter «no libre» de los medios de producción de esas unidades. En este sentido, y en lo que se refiere estrictamente a la producción campesina en formaciones capitalistas, donde la racionalidad capitalista es omnipresente, la lógica y el objetivo de tal producción no pueden ser estudiados independientemente de la consideración de la forma de los medios de producción empleados en ella. Consideramos pues que Bartra se equivoca cuando analiza separadamente al par objetivo/lógica y a la forma de los medios y que acierta cuando, de manera lamentablemente incidental, reconoce la existencia de relaciones entre ambos elementos, relaciones en las que los medios de producción se constituyen como polo do-

minante. Es necesario, entonces, explicar la naturaleza de esta relación.

Como hemos visto, se dice de un conjunto de medios de producción que presentan la «forma libre del capital», es decir, que son un capital en el sentido estricto del término, cuando constituyen «un cuanto determinado de trabajo objetivado (valor en general) que puede adoptar y adopta a gusto esta o aquella forma de condiciones de trabajo según se intercambie a discreción por esta o aquella forma del trabajo vivo para apropiarse de plus-trabajo» (Marx, 1985: 66; subrayado de Marx). La existencia de esta libertad depende de factores cuantitativos, que involucran el monto del valor de los medios de producción en cuestión, y cualitativos, que involucran la forma material de los mismos. Los medios de producción pueden presentar una forma «no libre» porque su valor no permite su conversión en dinero, porque existen preceptos que impiden al productor venderlos y emplear el dinero así obtenido para volcarse a otra rama de la producción, o porque ciertos preceptos impiden al productor modernizar sus medios de producción, bloqueando sus posibilidades de acumular hasta un punto en que el valor de sus medios de producción le permitiera transferir su actividad a otra rama de la producción: en el primer caso, la inmovilidad de los medios depende de un factor simplemente cuantitativo (acumulación insuficiente), en el segundo, de uno meramente cualitativo (factores extraeconómicos que, independientemente del nivel de acumulación, impiden que los medios adquieran la movilidad propia del capital), y, en el tercero, de un factor cualitativo que presenta consecuencias cuantitativas (factores extraeconómicos que bloquean la acumulación). Por último, factores cualitativos y cuantitativos independientes pueden actuar conjuntamente (por ejemplo, si a un nivel insuficiente de acumulación se une la existencia de trabas para la venta de algún medio de producción en particular).³

Los medios de producción empleados por los pequeños productores no empresariales se caracterizan por no presentar la forma libre del capital. Ello se debe, según los casos, a diferentes combinaciones de los factores cuantitativos y cualitativos mencionados; sin embargo, desde un punto de vista general -con más claridad en formas de pequeña producción no campesinas que en la campesina-, parecería existir un predominio del los factores de tipo cuantitativo, que se explica en relación a la función de reserva de mano de obra estacional o semipermanente que suele cumplir la pequeña producción no empresarial (los factores extraeconómicos tienden a limitar más que los económicos la movilidad de la fuerza de trabajo requerida por esta función de reserva de mano de obra para el capital global). Por esta razón -y teniendo en cuenta que, desde nuestro punto de vista, la presencia

de factores extraeconómicos puede ser explicada como un resultado de la acción del capital en los mismos términos en que se comprende la existencia de factores económicos, nos permitiremos hacer abstracción de la existencia de factores de tipo extraeconómico relacionados con el carácter «no libre» de los medios de producción del pequeño productor independiente ⁴.

Desde el punto de vista del monto del valor, los medios de producción del pequeño productor se caracterizan por su bajo valor relativo, el cual aparece asociado a un nivel técnico y una productividad también bajos en términos relativos (nos referimos, claro está, al pequeño productor medio, que no presenta una acumulación relativa elevada). La tecnología con que cuenta el pequeño productor es relativamente (en comparación con ramas de la producción donde el capital actúa directamente en las actividades productivas) sencilla, siendo con frecuencia de fabricación total o parcialmente doméstica y la productividad por unidad de tecnología es considerablemente restringida: nos encontramos, para expresarlo en los términos de Bartra, ante un cuadro de «subsunción material restringida», es decir, de escasa adaptación tecnológica a la racionalidad del capital. Esta particularidad de los medios de producción (cuyo origen discutiremos más adelante tiene dos consecuencias importantes.

Por un lado, su sencillez y escaso valor los hacen accesibles para productores que no cuentan con una capitalización previa importante, y hacen también que su reposición esté al alcance de esos mismos productores: son baratos y frecuentemente pueden ser producidos y reparados por el productor y los miembros de su unidad de producción. Esto es, precisamente, lo que posibilita la presencia y, en ciertos casos, el predominio de los pequeños productores no empresariales en una rama de la producción: si los medios de producción pueden ser adquiridos y reponidos por productores que no disponen de sumas de dinero importantes y si, además, esos productores pueden acceder al objeto de la producción (condición de la que nos ocuparemos más adelante), entonces es posible que en una determinada rama de la producción existan unidades domésticas no empresariales.

Pero, por otro lado, esos mismos medios de producción, por su bajo valor y por su productividad limitada, no constituyen un capital en el sentido visto anteriormente: primero, porque su valor no tiene un monto tal que permita su transformación en una cantidad de dinero que alcance para adquirir medios de producción correspondientes a otra rama; y, segundo, porque no permiten incrementos de la productividad por unidad tecnológica que dan lugar a una acumulación sostenida que se refleje en la adquisición de medios de producción más modernos (lo que implica que para acceder a estos el productor debe intensificar el

trabajo de su unidad y adquirir nuevos medios de producción del tipo sencillo para así, lentamente, llegar a un nivel de acumulación que le permita aquellos medios modernos). Es decir que el pequeño productor cuenta con medios de producción que no sólo representan un nivel de acumulación muy bajo para poder considerarlo como capital, sino que presentan una productividad de carácter limitado que retarda el proceso de acumulación: en este sentido, ni son un capital ni constituyen un buen punto de partida para la conformación de un capital.

De este modo, en tanto sus medios de producción no constituyen un capital, el pequeño productor independiente no puede transferir su actividad a otra rama de la producción en condiciones, cuanto menos, tan favorables como aquellas en que se movía en su rama de origen. En este sentido, la movilidad propia del empresario capitalista le está vedada: el empresario capitalista siempre tiene (hablando en términos abstractos) la posibilidad de pasar, en su condición de capitalista, a otra rama de la producción; el pequeño productor promedio, en cambio, sólo puede hacerlo a condición de perder su condición de tal, es decir, proletarianizándose. De esta suerte, podríamos decir que, en un medio capitalista, el carácter «no libre» de los medios de un productor conlleva la limitación de su movilidad a la posibilidad de proletarianizarse: esta es la esencia de la unión del productor directo con sus medios de producción, y en tal sentido cabe afirmar que el trabajo del pequeño productor es tan poco «libre» como sus medios de producción.

Ahora bien, si el pequeño productor no puede comportarse como un capitalista en este aspecto, tampoco podrá actuar como él libremente en otros sentidos. Porque lo que permite al capitalista dedicarse a la obtención de la ganancia media es, precisamente, la movilidad de su capital, su capacidad para pasar a otras ramas de la producción si no puede realizar esa ganancia. En cambio, el pequeño productor, en tanto que carece de esa libertad potencial para abandonar su rama de la producción, no dispone de la libertad de movimientos que el capitalista tiene al interior de dicha rama, no puede condicionar su intercambio a la obtención de la ganancia media.

Así, resulta evidente que Bartra se equivoca al analizar independientemente la forma de los medios de producción y el objetivo del proceso productivo del campesino, y que también comete un error al considerar que es el objetivo de reproducirse el que se constituye en base de la explotación del campesino por el capital. Por el contrario, es la forma «no libre» de los medios de producción del pequeño productor lo que, al impedirle abandonar su rama de la producción y limitar su nivel de acumulación, lo fuerza a organizar su proceso laboral, fundamentalmente, de acuerdo a

la disponibilidad de trabajo doméstico y a regir su actividad económica en función del objetivo de reproducir su grupo doméstico y su proceso laboral. De manera que, contrariamente a lo que sostenía Bartra en su argumentación central y a favor de lo que él mismo sugería en algunos pasajes, existe una relación jerárquica entre las llamadas «condiciones internas» de la pequeña producción no empresarial, en tanto que la forma «no libre» de los medios de producción empleados en ella determina que el horizonte real del pequeño productor sea su reproducción como tal, independientemente de que se proponga obtener ganancias o de que no lo haga; en consecuencia, la «causa contrarrestante que propicia una transferencia de valor» no es el objetivo de reproducirse que rige la producción no empresarial sino el carácter «no libre» de los medios de producción que se encuentra en la base de ese objetivo.

Podemos ahora comprender que la racionalidad capitalista esté presente en la mayor parte de las pequeñas unidades productivas pero no pueda imponerse en ellas. Bartra tiene razón al afirmar que para la mayor parte de los campesinos sólo cuentan la posibilidad de reproducirse y la de proletarianzarse, en la medida en que entendamos esta afirmación como una exposición de las tendencias «objetivas» que enfrenta el campesino. Pero ello no significa en modo alguno que el pequeño productor no se proponga obtener ganancias, sino simplemente que deberá limitar sus esfuerzos en tal sentido a una medida tal que no ponga en peligro su reproducción como pequeño productor. El pequeño productor es libre de organizar su actividad económica en aras de obtener ganancias en tanto esa organización no haga peligrar a la reproducción de su grupo doméstico y de sus condiciones de trabajo. Sólo aquellas unidades cuyos medios de producción presenten la forma libre del capital podrán seguir consecuentemente la racionalidad económica capitalista -y si siquiera en estas unidades el trabajo doméstico desaparecerá inmediatamente en tanto que factor de la organización de la producción, como puede apreciarse en los estudios de E. Archetti y K. Stölen respecto de los colonos del norte de la provincia de Santa Fe en los años setenta (1974, 1985). El desarrollo de unidades de estas características en una rama de la producción donde se encuentren presentes los productores independientes o no empresariales dependerá, por un lado, de las condiciones más favorables para la valoración del capital en cada momento (por ejemplo, de su necesidad de introducir innovaciones tecnológicas de valor demasiado elevado para las unidades medias), y, por el otro, de la acumulación previa y de la posición de cada unidad en el conjunto de relaciones sociales en que se encuentra inserta (posición que determinará capacidades diferenciales para movilizar tra-

bajo, obtener crédito, acceder a mayores porciones de tierra, etc.).

Así, las condiciones en que producen los campesinos, pescadores, etc. -esto es, la forma de sus medios de producción-, fijan los límites de su accionar económico, y estos límites son los de su reproducción. Dentro de ellos, el pequeño productor puede desarrollar un comportamiento económico mucho más complejo que el que habitualmente se nos presenta en estudios de carácter general como el de Bartra. La racionalidad capitalista, en ese marco, orientará estrategias dirigidas a la obtención de ganancias y, fundamentalmente, tenderá a descentrar la lógica de los pequeños productores respecto de la relación de equilibrio entre la «medida de la satisfacción de necesidades» y la medida de «las fatigas propias del trabajo», relación que Chayanov consideraba como el fundamento de la lógica económica campesina (1985: cap. 2; 1987).

Como vemos, la base sobre la cual se asienta el control del capital sobre la pequeña producción independiente no es el objetivo de ésta (y su lógica correlativa), sino la forma de los medios de producción con los que ella se realiza, que constituyen el elemento decisivo para el establecimiento de los límites del accionar económico de los productores. Por ende, para comprender el establecimiento del control del capital sobre estas formas de producción debemos indagar la forma en que controla la forma de los medios de producción empleados en ellas.

SEGUNDA CONTRADICCIÓN: EL CONTROL DEL CAPITAL GLOBAL SOBRE LA PEQUEÑA PRODUCCIÓN NO EMPRESARIAL.

La capacidad del capital para subordinar a la pequeña producción no empresarial radica fundamentalmente en su control sobre la forma de los medios de producción empleados en ella. Sin embargo, dicha capacidad depende también de la medida en que el capital pueda controlar el objeto de esa producción y el trabajo puesto en acto en ella. Es necesario expresar esta afirmación en términos teóricos.

Desde un punto de vista abstracto, el problema de la capacidad del capital global para subordinar una rama de la producción en particular estableciendo sus principios de funcionamiento se identifica con la cuestión -puesta en primer plano por Godelier (1974; 1975)- de la distribución social de los factores de la producción: el objeto, los medios y la fuerza de trabajo. Este autor ha señalado que todo proceso de producción presupone una distribución social de los factores de la producción, es decir, un modo social de apropiación de cada uno de ellos (1974: 86). Las operaciones y normas de distribución de estos factores ocu-

pan un lugar «estratégico», en tanto que controlan las «posibilidades de acción» que un sistema social ofrece a los individuos y grupos que lo conforman (1975: 273) y en tanto que el modo de distribución y circulación de los productos depende de ellas (1974: 115). En una sociedad capitalista, ello significa que el capital controla la distribución social de los factores de la producción en tanto que su dominio sobre determinadas ramas de la producción le permite regir el ámbito en que se articulan todas las ramas y unidades de la economía: el mercado. Lo que Barba denomina «subsunción general» no es otra cosa que esto: que el capital domina toda la economía porque domina el mercado merced a su control sobre ciertas ramas de la producción, que el capital domina el proceso (mercantil) de circulación global a partir de su control sobre ciertas áreas de la producción global.

Ello implica que el control del capital sobre determinadas ramas de la producción es establecido desde el ámbito de la circulación. Ello no supone rechazar la afirmación de Marx respecto de que la distribución de los factores de la producción es un momento del proceso mismo de la producción y que está determinada por éste; por el contrario, esta afirmación debe ser referida al proceso de producción y circulación global y no a procesos de producción particulares. De hecho, en el mismo pasaje en que hace esta afirmación (1987: 45 y ss.), y explica que la distribución es un producto del modo de producción, de una «producción históricamente determinada» (ibid.: 47). En este sentido, la noción de determinación de la distribución por la producción debe ser comprendida en el mismo nivel conceptual en que se ubica el concepto barriano de subsunción general.

Es necesario determinar la extensión de lo que entendemos por «modo de apropiación de los factores de la producción». El hecho de que el capital global controle esos modos de apropiación no significa tan sólo que determine las operaciones y normas de distribución de los factores, sino que implica que también establece las características de esos factores. Así, el capital no se limita a permitir que los campesinos accedan a su objeto de trabajo, la tierra, y a la propiedad de algunos medios de producción; también recluye generalmente a los campesinos en tierras de productividad inferior, reservando para su control directo a las mejores, y se asegura que los medios de producción por ellos empleados se adapten «al menos incipientemente» a las mejores condiciones para su propia valorización. Asimismo, el capital no sólo distribuye la mano de obra entre las diversas ramas de la economía, sino que establece la forma en que ella es apropiada en cada rama en particular: así, habrá ramas donde predomine el trabajo asalariado y otras donde lo haga el trabajo independiente unido a los me-

dios de producción. Analizaremos esta cuestión detenidamente en referencia a la producción no empresarial.

Godelier afirma que

... en cada modo de producción, entre todos los factores de producción algunos son más importantes que otros, y su modo de apropiación es el que domina a las otras formas de apropiación y caracteriza de este modo un conjunto de relaciones de producción (1974: 87).

En la sociedad feudal es la propiedad de la tierra —y los derechos que ella conlleva sobre determinados hombres ligados a ella— la que domina a los modos de apropiación de los restantes factores de la producción. Entre los esquimales, la propiedad comunal de la banda sobre los recursos naturales impedía que la propiedad individual de los instrumentos empleados en la producción se tornara en propiedad privada y dominara la vida social (ibid.: 87). En el capitalismo, es la propiedad de los medios de producción la que domina los modos de apropiación de los objetos y del trabajo: es la no-propiedad de medios de producción lo que define al proletario en tanto propietario exclusivamente de su fuerza de trabajo; es la propiedad de medios de producción que presentan la forma libre del capital lo que define al capitalista; un terrateniente es el propietario de tierra (que para la agricultura es medio tanto como objeto) que presenta la forma libre del capital; y un pequeño productor no empresarial es —como vimos en la sección anterior— un propietario de medios de producción (incluida la tierra en el caso de los campesinos) que no presentan la forma libre del capital.

El control del capital global sobre la distribución de los medios de producción le permite distribuir a los trabajadores entre los diversos sectores de la economía, determinando a la vez las maneras en que será apropiado el trabajo de los mismos en cada sector. Por último, la apropiación de los objetos de trabajo en cada uno de ellos será realizada según una modalidad acorde al modo de apropiación de la fuerza de trabajo y conveniente para la valorización del capital a la vez (lo que significa que pueden existir variantes múltiples). Y, en base a esta distribución de los factores de la producción, el capital establece las modalidades de apropiación de los productos de cada sector.

Una forma cualquiera de pequeña producción no empresarial puede ser desorientada o refuncionalizada, así como reproducida posteriormente (incluyendo la introducción en ella de formas de «acumulación controlada» para mantener su funcionalidad para la valorización del capital global), porque el capital, merced a su control del mercado, puede realizar una serie de operaciones.

Puede, en primer lugar, abrir un mercado para determinado producto, estableciendo los mecanismos de acceso a ese mercado y conservando el control de los mismos. De esta forma, se atrae hacia determinada producción un contingente de trabajadores, es decir, se crea un mercado de trabajo, si se nos permite emplear esta expresión en un sentido laxo, abarcando no sólo el trabajo asalariado sino también el independiente. Otra variante de esta operación es la apropiación, por parte del capital, de los mecanismos de acceso a un mercado preexistente. Lo fundamental es que el capital controla el acceso al mercado de un producto determinado, lo que implica, primero, que determinada cantidad de trabajadores puede dedicarse a la producción de ese bien particular y, segundo que el capital controla la condición de existencia de esa rama de la producción. De hecho, esto significa que el capital reserva para sí el control de ciertos medios de producción, en la medida en que defina al proceso de producción en sentido amplio. Si nos atenemos al hecho de que un proceso productivo tiene como elemento dominante a un proceso de valorización, no podemos considerar que el proceso de trabajo desarrollado por un pequeño productor independiente constituye en sí un proceso productivo, por cuanto es evidente que dicho proceso, por sí mismo, no conlleva en la valorización del capital; tal valorización depende de que la producción de ese trabajador independiente arrobe, bajo control de un comerciante capitalista, al mercado consumidor; así, el proceso desarrollado por un pequeño productor independiente debe ser considerado como un componente de un proceso productivo más amplio y controlado por el capital⁵. Desde este punto de vista, el control por el capital de los medios técnicos de acceso al mercado consumidor es un fenómeno del orden de la distribución de los factores de la producción: simplemente, el capital se reserva el control directo de ciertos medios de producción. Como veremos en el caso pesquero, la desproporción en lo que se refiere al monto del valor de estos medios y del de los medios que quedan en manos del pequeño productor actúa impidiendo a éste extender su actividad a la totalidad del proceso productivo.

En segundo lugar, el capital global puede establecer el tipo de medios a emplear por el productor directo y el modo de apropiación de los mismos, aspectos que son inseparables puesto que, como sabemos, el monto del valor de los medios limita las posibilidades de acceso a los mismos para cada categoría de productor: el campesino medio no puede, por ejemplo, adquirir un tractor. Por ende, para desarrollar una rama de pequeños productores, el capital debe imponer (o promover que se continúe empleándolos) medios de producción de valor relativamente bajo. Además, como hemos visto, tales medios deben pre-

sentar una productividad limitada a fin de impedir una acumulación acelerada por parte de los productores; pero, al mismo tiempo, su productividad debe ser adecuada a la valorización del capital.

Para imponer medios de producción que permitan su apropiación por el productor directo, que no le permitan acumular al punto de abandonar la rama en cuestión o extenderse a la totalidad del proceso productivo, y que se adecuen a sus condiciones de valorización, el capital pone en juego diferentes mecanismos basados, precisamente, en su control del mercado. Fundamentalmente, tal control le permite regir la fijación de los precios de los bienes producidos en forma no empresarial; en esta situación, el pequeño productor debe adaptarse -al menos en cierta medida- a la racionalidad tecnológica capitalista para poder subsistir (ya que no puede subir los precios, debe aumentar su producción); pero tampoco podrá, en ningún caso, adquirir medios cuya productividad le permita realizar una acumulación que no sea controlada por el capital, puesto que no dispone de una acumulación previa suficiente. Por otra parte, es común que en estas ramas existan unidades de tipo capitalista que constituyen la base de la introducción de nuevas técnicas y nuevos medios de producción que el resto de las unidades, de tipo no empresarial, deben adoptar para poder competir con éxito. Además de ser un instrumento de la promoción de una «acumulación controlada», estas unidades (frecuentemente pertenecientes a los mismos capitales individuales que adquieren la producción de las unidades independientes), preceden en algunos casos -como el de la pesca del sur entrerrriano- a las unidades independientes. En estos casos, su papel es el de abrir la rama en cuestión, senando determinadas normas técnicas y estableciendo las características de los medios de producción a emplear; las unidades independientes que comiencen a actuar en esa rama se verán compelidas a respetar esas condiciones preestablecidas (es interesante advertir la relación existente entre esta modalidad y la prioridad lógica e histórica atribuida por Bartra a la subsumción formal respecto de la real, según lo mencionamos en la página 8). Por último, el capital comercial que controla indirectamente estas ramas puede introducir posteriormente nuevas tecnologías mediante el empleo de los diferentes vínculos económicos y extraeconómicos que mantiene con las diversas unidades.

Vemos entonces que el capital introduce medios de producción de determinado tipo y que son apropiables, en virtud de su escaso valor, por trabajadores que no cuentan con una acumulación previa importante (vemos más adelante que esos trabajadores también pueden acceder a estos medios porque, en la mayor parte de los casos, éstos son de manufactura parcial o totalmente doméstica, y porque muchas veces el ca-

pital generaliza el uso de implementos comunes en el área. Evidentemente, ambas situaciones se producen merced a la acción del capital). Se trata aquí de la introducción de medios de producción que no presentan la «forma libre del capital»: cuyo empleo conlleva restricciones a la movilidad del trabajador, según hemos visto en la sección precedente. Así, al establecer un tipo de medios de producción de fácil acceso, el capital establece la forma de apropiación del trabajo en esa rama: los trabajadores que se vuelcan a esta nueva rama cuyo mercado ha sido abierto o controlado por el capital (o bien, los trabajadores que permanecen en ella una vez refuncionalizada por el capital), actúan como trabajadores independientes, como productores unidos a medios de producción que no se presentan como una cantidad de trabajo objetivado, como capital. Así, la tercera de las capacidades del capital es la de determinar el modo de apropiación del trabajo por él dirigido hacia (o retenido en) la rama en cuestión.

En cuarto y último lugar, el capital puede poner en marcha la rama al mantener una modalidad de acceso al objeto de trabajo acorde al modo de apropiación de la fuerza de trabajo y, a la vez, conveniente para su mayor valorización. En el caso campesino, por ejemplo, se le permitirá acceder a bastante tierra como para lograr su reproducción y servir a la valorización del capital, pero no a tanta como para favorecer su transformación en empresario capitalista (recordemos que en la agricultura la tierra es medio y objeto de trabajo a la vez). Igual que con los restantes factores de producción, pero en especial en éste caso, es necesario atender a los planes de la apropiación legal y de la apropiación real (Godelier, 1974: 84 y ss.). Así, en el caso de la pesca, el río es de acceso libre en términos legales, al ser de propiedad pública; pero, en los hechos, pueden existir derechos extralegales de acceso a las mejores zonas de pesca, como ocurre en el norte entrerriano y en la provincia de Santa Fe, o bien puede ser de acceso libre en términos reales, como en el sur entrerriano.

Existe, como hemos advertido anteriormente, al referirnos a la forma de los medios de producción (pp. 25), la posibilidad de que en los modos de apropiación de los medios de producción intervinieran factores extraeconómicos. Esta posibilidad es comprensible en los términos aquí expuestos. La existencia, por ejemplo, de derechos comunitarios sobre la tierra de los pequeños productores campesinos que les impidan venderla (independientemente de la propiedad legal de esa tierra), representa lo que Bartra denomina un determinado grado o una forma de «no subsunción inmediata» (1982: 63), en el sentido de que la persistencia de tales derechos debe ser comprendida y analizada como un producto histórico de la operación de la lógica del capital global.

Así, podemos afirmar que las llamadas «condiciones internas» de la producción no empresarial no son en modo alguno «internas», sino que están dadas por el control del capital sobre los modos sociales de apropiación de los factores de la producción. Este control le permite, fundamentalmente, introducir ciertos medios de producción «no libres» en manos de productores no capitalistas, medios que establecen fuertes límites a las «posibilidades de acción» de estos productores: y estos límites consisten en la imposición de hecho de un objetivo y una lógica económica «no capitalistas» a los pequeños productores. Esta lógica es, pues, un elemento dado estructuralmente y, a la vez, funcional para la valorización del capital: cabe afirmar, de esta forma, que la «racionalidad de la economía campesina aparece como una forma mediada de la lógica global del capital» (Bartra, 1989: 7).

Sin embargo, estrictamente hablando, no es posible en la mayoría de los casos decir que las unidades de producción no empresarial presentan una racionalidad económica no capitalista. Por el contrario, como hemos visto, la racionalidad económica de estas unidades incluye frecuentemente una lógica «invertida» y un objetivo de ganancia. Para completar nuestro análisis debemos, en consecuencia, dar cuenta, en los términos teóricos propuestos, de estos elementos de racionalidad económica capitalista.

Hemos dicho que la «omnipresencia» de la racionalidad capitalista es lo que provoca que las pequeñas unidades no empresariales no presenten una lógica económica del tipo descrito por Chayanov. Pero, ¿en qué consiste y a qué se debe esa «omnipresencia»? Consiste en que el pequeño productor actúa en un medio donde la lógica del capital es dominante. Así, el pequeño productor adquiere en el mercado capitalista una porción variable de sus medios de producción y de sus medios de consumo no productivo (alimentos, vestimenta, medicamentos, etc.). La escuela, allí donde está presente, es un agente transmisor de la lógica del capital (además de, en muchos casos, implicar la adquisición de útiles escolares en el mercado), lo mismo que los medios de comunicación masiva. Frecuentemente, asimismo, las actividades recreativas de los pequeños productores se desarrollan en ámbitos capitalistas. También en la actividad de regulación y control del Estado se revela la racionalidad capitalista. No creemos necesario extendernos en esta enumeración, que debemos completar con un punto fundamental: para actuar como comprador (de bienes y de servicios) en el mercado capitalista, el pequeño productor debe concurrir a él como vendedor. Fundamentalmente, un productor independiente es un vendedor de productos; pero también, en muchos casos, complementa sus ingresos vendiendo su fuerza de trabajo; y en ambos casos lo hace en mercados donde impera la racionalidad

económica capitalista, tratando con capitalistas que sólo intercambian en condiciones que les permitan obtener una ganancia, lo que necesariamente ha de ser experimentado por el pequeño productor de una u otra manera.

De esta forma la omnipresencia de la racionalidad capitalista consiste en que el pequeño productor depende para su reproducción y de la su proceso laboral, de un medio donde opera permanentemente en condiciones de dominio- dicha racionalidad. Comprender el origen de esta omnipresencia equivale, pues, a entender el por qué de esta dependencia del pequeño productor respecto del mercado capitalista de bienes, trabajo y servicios.

Como se recordará, Bartra consideraba que la vinculación de la unidad campesina con su contexto capitalista dependía de que ella requiere de valores de uso que no produce y de que parte de lo que produce no es autoconsumido (véase la página 14 y ss.). Sin embargo, Bartra no explicaba esta incapacidad del campesino para autorreproducirse, la cual parecía remitir tácitamente a sus condiciones de producción. Pero, en tanto que no explicaba plenamente el origen de dichas condiciones, Bartra tampoco podía dar cuenta de la dependencia del campesino respecto del mercado capitalista. Debemos, pues, intentar explicarla a partir del análisis que hemos hecho de las condiciones de la producción campesina y de la pequeña producción no empresarial en general.

El pequeño productor no puede producir todos los valores de uso necesario para su reproducción porque no cuenta con los medios materiales para hacerlo: con los medios de producción y con los objetos de trabajo necesarios para producir todos esos valores de uso. Ello implica que debe producir con vistas al intercambio. Y al encarar ese intercambio, encuentra que una proporción variable -pero generalmente elevada- de los valores de uso que necesita adquirir sólo se encuentra disponible en el mercado capitalista, lo que significa que debe vender su producción en el mismo y, en la mayor parte de los casos, que deberá completar sus ingresos mediante la venta de su fuerza de trabajo (o de la de otros miembros de su unidad).

De igual forma, con los medios de que dispone, el pequeño productor está en condiciones de producir determinados valores de uso en cantidades superiores a las que necesita para su propio consumo. Así, los medios de producción con que cuenta y su capacidad de acceder a sus objetos de trabajo son tales que el productor independiente es incapaz de producir valores de uso que necesita y, a la vez, capaz de producir otros valores de uso en cantidades que exceden a sus necesidades. Y, al volcarse en consecuencia hacia el intercambio, se encuentra con que sólo el capital está en condiciones de absorber su producción y de ofrecerle los bienes y servicios que él requiere, porque -por

lo general- los pequeños productores con lo que puede entrar en contacto, en virtud de sus propias condiciones de producción, ni necesitan lo que él puede venderles, ni pueden ofrecerle lo que él necesita.

Según se ve, el pequeño productor debe relacionarse con su entorno en virtud de sus condiciones de apropiación de medios de producción y de objetos de trabajo; y, particularmente, debe entrar su intercambio en el mercado capitalista a causa de las condiciones de apropiación de medios y objetos de los productores no capitalistas que lo rodean (similares a las suyas). Y, como sabemos, es el capital global el que determina esas condiciones de apropiación. En este sentido, el capital se asegura el carácter mercantil de las pequeñas unidades productivas no capitalistas al dotarlas de determinados medios de producción y al acordarles determinadas condiciones de acceso a los objetos de trabajo (diríamos, más correctamente, al establecer esas condiciones de apropiación para un conjunto de unidades productivas). De este modo, el control del capital sobre los modos de apropiación de los factores de la pequeña producción es lo que le permite reproducir el carácter mercantil de la misma, y ese carácter mercantil es lo que explica básicamente los elementos de racionalidad capitalista presentes en ella ⁶.

Si tenemos en cuenta que la reproducción no es otra cosa que la producción de la vida humana en condiciones socialmente dadas, podemos decir que el capital global controla los modos de apropiación de los factores de la reproducción merced a su control sobre la distribución de los factores de la producción. En el caso de la pequeña producción no empresarial, dichos modos de apropiación presentan características que explican la incidencia de la racionalidad capitalista sobre ella. La magnitud de esta incidencia dependerá, evidentemente, de la estrechez de la relación de la economía campesina con su entorno capitalista, la cual debe ser considerada históricamente, atendiendo a las condiciones de valorización del capital global en cada momento en particular. Antes de pasar a considerar el caso pequeño nos referiremos brevemente a la funcionalidad de la presencia de elementos capitalistas en la racionalidad económica de los pequeños productores.

Desde el punto de vista del capital global, el hecho de que los pequeños productores tengan por objetivo la obtención de ganancias puede resultar muy conveniente. En función de este objetivo, los productores implementaran estrategias económicas tendientes a la acumulación; pero, en tanto que, como víramos, el capital está en condición de extraer todo el excedente de la pequeña producción, el productor directo modos no conseguirá más que garantizar su reproducción. En este sentido, los intentos del productor por obtener ganancias -necesariamente fracasados- tienden a garantizar su reproducción, lo

que es funcional para la valorización del capital. Por otra parte, el objetivo de obtener ganancias conducirá a las unidades que se encuentran en una situación más favorecida a la realización de un grado de acumulación controlado por el capital, acumulación que permitirá a éste introducir innovaciones tecnológicas a través de esas unidades a fin de incrementar el grado de subsumción material (véase pp. 34 y 35). 7.

UNA APROXIMACION AL CASO DE LOS PESCADORES DEL DPTO. DE VICTORIA, E.R.

En la presente sección intentaremos ofrecer una breve aproximación al análisis del caso de la producción pesquera del Dpto. de Victoria en los términos teóricos expuestos en las páginas precedentes. Como dijéramos en la introducción, las consideraciones teóricas expuestas surgirían en el curso de nuestro análisis del caso que trataremos a continuación; sin embargo, hemos preferido ocuparnos primero de ellas y exponer el caso separadamente a fin de facilitar la comprensión. Comenzaremos, pues, describiendo la situación actual de la producción pesquera, para luego analizar su reproducción, sus orígenes y sus tendencias actuales 8.

El proceso productivo pesquero del área que nos ocupa, abarca, desde el punto de vista de la valoración del capital, todas aquellas actividades necesarias para que el producto arribe al mercado para su consumo. Existen diversas variantes de este proceso productivo, de acuerdo con la naturaleza de las actividades realizadas y con la organización de las mismas 9, pero aquí nos ocuparemos exclusivamente de la forma más común de la producción pesquera en la zona, dirigida a la venta de pescado fresco (fundamentalmente de sábal, además de dorado, surubí, pañ, etc.), en el NOA y, en menor medida, las provincias de Entre Ríos, Misiones y Buenos Aires.

La característica fundamental de este proceso productivo es que no presenta una unidad inmediata del proceso de valorización con un proceso de trabajo (que es, según vimos, la esencia del proceso productivo capitalista «típico»). Ello significa que la valorización del capital no actúa de forma homogénea a lo largo del proceso de producción sino que, por el contrario, éste se encuentra dividido en varios procesos de trabajo subsumidos de maneras diferentes e interdependientes por el capital. Estos procesos de trabajo son, básicamente, dos: el proceso de captura, desarrollado generalmente por pequeñas unidades productivas «no capitalistas», y el de traslado, realizado por comerciantes capitalistas conocidos localmente como «acopiadores». En algunos casos es posible contabilizar un tercer proceso ubicado entre los dos mencionados, allí donde un tercer actor capitalista (denominado también «aco-

piador»), organiza las tareas de captura del pescado sin intervenir directamente en ellas, limitándose, en cuanto a su participación directa, a efectuar tareas tendientes a la conservación del pescado. Denominaremos «proceso de conservación» a éste conjunto de actividades. Respecto a las modalidades de la subsumción de estos procesos, como se aprecia, el de captura no está subsumido formalmente por el capital (por ende, tampoco lo está realmente), excepto en el caso de algunas unidades a las que no referiremos más adelante; en los procesos de traslado y de conservación, en cambio, encontramos una plena subsumción formal (y real), lo que implica que todas las unidades productivas son del tipo capitalista o se aproxima a él. Para ser capaces de comprender la existencia de estas diferentes modalidades de subsumción necesitamos analizar las relaciones entre los distintos procesos de trabajo, lo que requiere describirlos con mayor detenimiento.

Las tareas de captura del pescado se encuentran, en la mayor parte de los casos, en manos de unidades independientes del tipo «no empresarial». Estas unidades presentan distintos niveles de acumulación y de ausencia de la misma; por ende, encontramos diferentes niveles de reproducción: algunas unidades presentan una reproducción deficitaria, otras reproducción simple o una mínima reproducción ampliada y unas pocas, por último, logran una reproducción fuertemente ampliada. A pesar de la variedad, puede decirse que la mayor parte de las unidades se encuentran en el grupo cuya reproducción es simple o ligeramente ampliada. Es necesario tener en cuenta que la reproducción de estas unidades no constituye un proceso circular, sino que en determinados momentos puede ser deficitaria y en otros ampliada (respecto de los distintos niveles de acumulación entre estas unidades, véase Ayerdi, C. 1989; 27 a 33). Nos ocuparemos por el momento sólo de estas unidades que, en el mediano y largo plazo, presentan una reproducción simple o ligeramente ampliada; más adelante, al considerar las tendencias actuales de la producción pesquera en el área, nos referiremos a las unidades cuya reproducción es más fuertemente ampliada 10.

Las unidades en cuestión emplean, en la captura del pescado, medios relativamente sencillos: canoas de madera de 5 a 7 metros equipadas con un motor tipo «villa» de 8 o 12 hp que consume nafta común; redes de nylon (de dos tipos: trasmallo simple y «tres telas»); para la pesca del sábal y de especies «de línea», como el surubí, dorado, pañ, etc.; espinel (alambre que cruza la corriente en el cual se coloca una cantidad variable de anzuelos) para la pesca «de línea» exclusivamente; cuchillo, varas e hilo (que se emplean para cviscerar el pescado y disponerlo en el bote de la manera más favorable para su conservación durante el tiempo que

insiste su traslado al punto de descarga). Todos estos medios son relativamente baratos y, en lo que se refiere a las redes, los propios pescadores las reparan y las arman con paños que compran y adaptan (en algunos casos también tejen el paño; otras posibilidades son encargarse a otro pescador o ex pescador que teja la red, o comprar redes usadas a otros pescadores y repararlas).

La pesca puede ser llevada a cabo por una persona, pero lo más frecuentemente es que la realicen equipos de dos integrantes. El pescador suele trabajar con alguno de sus hijos: cuando no puede recurrir al trabajo de algún miembro de su grupo doméstico (por ejemplo, porque sus hijos son demasiado jóvenes o asisten a la escuela o se han independizado), puede asociarse con uno o dos pequeños propietarios para conformar un equipo compartiendo sus «herramientas» (medios de producción), y dividiendo las tareas y el producto por partes iguales. Finalmente, el pescador puede reclutar uno o dos peones, preferiblemente emparentados con él o con su esposa, a los que se paga en el momento de vender el producto. El recurso a la contratación de peones depende de la carencia de trabajo doméstico disponible y no constituye el centro de la economía del pescador. En cuanto al trabajo doméstico, éste resulta fundamental (de manera casi permanente), para los procesos de trabajo secundarios que implica la captura: tejido y reparación de redes, preparación de la canoa, compra de nafta, etc. (ibíd. 21 y ss.).

En el Dpto. de Victoria, el acceso del pescador al río es, en general, libre. Por un lado, de acuerdo a las leyes vigentes, no existe propiedad privada del mismo. Por el otro, a diferencia de otras áreas, como el norte entrerriano y la provincia de Santa Fe, no existen en Victoria «canchas», es decir, áreas de pesca controladas de hecho por algunos productores. En ese sentido, el acceso al objeto de trabajo es, para el pescador, relativamente libre.

Los pescadores venden su producción a comerciantes conocidos como «acopiadores», entre los cuales encontramos dos tipos principales. El primer tipo de acopiador, al que denominaremos «extralocal», es un comerciante capitalista (proveniente, por lo general, de la provincia de Santa Fe), que está en posesión de los medios técnicos de acceso a los mercados del NOA y otras áreas, así como de los contactos comerciales que permiten hacer efectivo ese acceso. Los medios técnicos a los que hacemos mención incluyen: camiones térmicos, hielo, máquinas para picarlo, etc. Son implementos, según se advierte, muy caros por comparación con los empleados en la captura, por lo que están lejos del alcance del pescador medio.

El segundo tipo de acopiador es el «local». Esto no cuenta con los medios técnicos ni con los contac-

tos requeridos para acceder al mercado. Cuenta, sin embargo, con medios mínimos que le permiten acopiar una cierta cantidad de pescado; estos medios varían considerablemente: los acopiadores locales pueden contar con un vehículo que les permita comprar pescado en varios lugares del Dpto., con algunos medios de conservación, o con un barco que le permite trasladarse al lugar de pesca y comprar pescado para traer al puerto de Victoria. Estos acopiadores fueron muy comunes en la época en que se generalizó la actual configuración del proceso productivo en el área (a lo que nos referiremos más adelante), pero actualmente han disminuido en número.

Muchos acopiadores locales son también dueños de «herramientas» y tienen peones que pescan para ellos. Eso implica que, junto con las unidades independientes a las que hemos hecho referencia, en el proceso de captura encontramos unidades de tipo capitalista. Esta unidades son minoritarias y más adelante nos referiremos a ellas. Otros acopiadores locales no cuentan con herramientas propias, pero son capaces de acopiar cierta cantidad de pescados merced a los medios técnicos de que disponen a sus relaciones personales con los pescadores, relaciones que les permiten garantizar la obtención del producto de algunas unidades independientes (Baldi, 1989: 626 y ss.).

En cuanto al trabajo empleado por los acopiadores, ambos tipos recurren a trabajadores asalariados, especialmente los «extralocales», que emplean camioneros y equipos (locales) de eslaboneros especialistas en la carga del pescado y en acomodarlo en el hielo en el camión, y los «locales» que cuentan con barcos; pero aún los acopiadores que no cuentan con camioneros ni con barcos emplean peones asalariados para conducir sus vehículos y cargar el pescado. Es de destacar la importancia del trabajo del propio acopiador. Los acopiadores extralocales, frecuentemente, negocian con el pescador personalmente o delegan esta tarea en un familiar cercano. En otros casos, sin embargo, es el camionero quien realiza las tareas de negociación y de control. No cabe duda, en todo caso del carácter capitalista de su lógica económica, aunque no cabe duda de atender a esta particularidad de su organización del trabajo.

Donde el trabajo personal del acopiador es insustituible es en el caso del acopiador local. Es posible suponer que su proceso laboral se interrumpiría si él no interviniera directamente en el mismo, puesto que se encuentra basado fuertemente en sus relaciones personales con los pescadores (amistad, parentesco, deudas, vecindad, etc.), especialmente cuando no existen relaciones de dependencia laboral entre ellos. En ese sentido, si bien el acopiador local se comporta en términos generales como un empresario capitalista, no deja de ser un tipo especial de capitalista, puesto que

su capital «social» es, frecuentemente, más importante que su capital económico. No nos entenderemos sobre las particularidades de estos actores puesto que su importancia actual es bastante restringida: si nos hemos referido a ellos es porque es necesario tenerlos en cuenta para el análisis del desarrollo de la pesca por el capital, como se verá adelante.

Disponemos ya de los elementos imprescindibles para comenzar a analizar las relaciones entre los diversos procesos de trabajo que conforman la actividad. Antes de hacerlo, es necesario aclarar que nos limitaremos a la consideración de las relaciones existentes entre la captura, por un lado, y el traslado y la conservación, por el otro. A fin de simplificar la exposición y considerando que el acopiador local -al no ser capaz de acceder directamente al mercado- depende fuertemente del extralocal, nos referiremos a la relación entre el pescador y los acopiadores en general.

Entre el pescador independiente y el acopiador se entabla una relación de intercambio desigual, es decir, de extracción de plusvalor en forma de productos. Basado en su control de los medios técnicos de la conservación del pescado, el acopiador impone el precio a los pescadores, quienes enfrentan la disyuntiva de vender o perder su carga. En estas condiciones, el pescador no puede evitar que el acopiador le arrebathe las que deberían, desde su punto de vista, ser sus ganancias. El pescador vive en un medio en el cual depende de una economía monetarizada para subsistir: tanto si vive en la zona de islas como, especialmente, si lo hace en la ciudad, sus medios de consumo productivo y no productivo son adquiridos, en proporciones variables pero siempre importantes, en el mercado capitalista; sus ingresos casi siempre se complementan con el trabajo asalariado de alguno de los miembros de su grupo doméstico (o él mismo trabaja como asalariado cuando hay poca demanda en la pesca); probablemente, alguna vez migró a Buenos Aires u otra ciudad en busca de empleo. Su reproducción y la de su unidad se produce, en definitiva, en un medio donde opera permanentemente la lógica del capital; es más, esa lógica es transmitida permanentemente por la radio, medio de comunicación de inmensa importancia en la zona, y por la escuela, a la que muchos pescadores asistieron y a la que concurren sus hijos; y, lo más importante quizás, es que el pescador puede ver que el acopiador obtiene ganancias de la reventa de su producción.

De esta forma, es comprensible que el pescador se proponga la obtención de ganancias al vender su producción. Esta intención es explicitada frecuentemente en su discurso, junto con la idea de que los acopiadores explotan a los pescadores. Y, fundamentalmente, es posible apreciar en la actividad económica de los pescadores formas de organización del trabajo dirigi-

das a la obtención de ganancias. Expondremos a continuación dos ejemplos de actitudes dirigidas hacia la obtención de ganancias, a fin de aclarar el particular.

Nuestro primer ejemplo requiere una aclaración previa. Los pescadores del área de nuestro estudio se desempeñan también en otras actividades. Ya hemos dicho que complementan sus ingresos trabajando como asalariados temporales. Asimismo, muchos de los que habitan en la zona de islas son puesteros y trabajan también en apicultura. Y, frecuentemente, la gran mayoría de los pescadores son también cazadores de nutria y otras especies. Estas diversas ocupaciones pueden ser combinadas de múltiples formas por las unidades, lo que implica que nos encontramos con diferentes tipos de unidades que tienen en común el hecho de que realizan -al menos parcialmente- las mismas actividades productivas. En este sentido, debemos aclarar que las unidades que hemos estado considerando en este trabajo son aquellas que organizan el conjunto de sus actividades productivas y reproductivas en torno a la pesca, independientemente del hecho de que, en ciertos momentos, ésta no constituya su mayor fuente de ingresos. Del conjunto de unidades que intervienen en el ámbito de la captura del pescado, este tipo de unidad representa la abrumadora mayoría, además de constituir la base permanente del proceso productivo pesquero (el aporte del resto de las unidades es inconstante y, por lo general, cuantitativamente inferior). De esta forma, una unidad es pescadora cuando la pesca constituye el centro de su economía, la actividad que organiza al conjunto de las actividades de la unidad. Nuestro primer ejemplo se refiere, precisamente, a las relaciones entre diversas actividades de una unidad de esta clase.

Cuando el precio de los cueros de nutria es elevado, muchos pescadores transfieren su actividad a la caza en forma inmediata, sin que ello implique sus herramientas de pesca permanezcan inactivas, puesto que las deja en manos de sus hijos o, si ello no es posible, de alguien ajeno a su grupo doméstico (preferentemente un pariente), con quien comparte el producto. Luego, cuando caen los precios de la nutria o suben los del pescado, regresa a la pesca. Lo significativo aquí es que las ganancias obtenidas en la caza, en general, son invertidas en la compra de nuevos medios de producción para la pesca, ya sea para reponer los antiguos que estén demasiado deteriorados para repararlos, ya para disponer de una mayor cantidad de herramientas que posibilite disponer un nuevo equipo y contratar peones. Este es el punto de partida de algunos pescadores que llegan a contar con dos o tres equipos completos (bote, motor, roles, espineles, dos hombres), lo que representa una acumulación considerable. Así, frecuentemente, la organización del trabajo de los miembros de la unidad del pescador es establecida en

vistas del logro de una acumulación que permita posteriores expansiones en la pesca. Existe aquí una evidente y connotadamente explícita intención de obtener ganancias, en función de la cual el trabajo se vuelve a las actividades más rentables; y esas ganancias sirven de punto de partida para una acumulación futura en la pesca. En los hechos, por cierto, sólo unos pocos grupos logran recorrer este camino, según veremos más adelante.

Nuestro segundo ejemplo se relaciona con las oscilaciones de la demanda de pescado. El pico absoluto de la demanda se produce en torno a la Semana Santa, a causa de la prohibición, para los católicos practicantes, de comer carnes rojas. Desde aproximadamente una semana antes y hasta el Jueves Santo—cuando parten los últimos camiones, que deben viajar hasta el NOA—, la demanda de pescado es sostenida, en especial la de sítalo, un pescado que resulta bastante accesible para sectores de bajos ingresos. Puesto que el Dpto. de Victoria es el principal productor de sítalo del litoral, en Semana Santa los acopiadores intensifican su presencia. Como consecuencia de este aumento de la demanda, los precios suben considerablemente¹¹. Este aumento en la demanda y los precios es percibido por los pescadores que presentan un menor nivel de acumulación como la oportunidad de conseguir una reserva económica para casos de emergencia y para reparar y renovar sus herramientas (algunos pescadores afirman que la Semana Santa es su «aguiñado»). Entre tanto, para quienes han logrado niveles relativamente altos de acumulación, constituye una oportunidad de expansión, la posibilidad ya no de renovar sus herramientas sino de multiplicarlas.

En este sentido, ambos grupos de pescadores organizan el trabajo de su unidad con el fin de aprovechar esta etapa. Así, muchos pescadores que habitan en la ciudad se instalan en la zona de islas para, evitando los largos viajes entre el lugar de pesca y el puerto, dedicarse a la pesca tiempo completo; en general, entregan su producción a los barcos de los acopiadores o de la cooperativa; una variante de la misma idea consiste en la asociación de varios pescadores que «ranchean» y trabajan juntos, viajando uno de ellos a entregar el pescado. También es común que los hijos de los pescadores abandonen la escuela para pescar con ellos. Otro ejemplo—relacionado con la cooperativa—es el caso de un pescador que durante Semana Santa se embarcó en la lancha de la cooperativa (que sólo se utiliza en esa época), percibiendo un salario, mientras que sus herramientas eran trabajadas por su tío, en calidad de peón. Todos estos ejemplos constituyen casos de reorganización del trabajo doméstico durante Semana Santa. En algunos, tal reorganización se hace con la intención de formar una reserva o renovar medios de producción deteriorados; en otros, la intención

es la de obtener dinero que permita la adquisición de nuevos medios de producción para ser trabajados por otros miembros de la unidad o por peones. Lo que existe en todos los casos es la conciencia de que en esta etapa el precio es más «justo», es decir, que el margen de ganancia del pescador es mayor.

Si, como vemos, el pescador no se caracteriza por actuar según una lógica «no inventada», con el objetivo de reproducirse, debemos preguntarnos por qué acepta intercambiar en condiciones en que no obtiene la ganancia media¹². La pregunta no se refiere, claro está, a cada transacción particular sino al conjunto de todas las transacciones o—como podría expresarlo Bartra— a cómo se puede comprender que el pescador acepte seguir produciendo en condiciones que no le permiten, al concurrir al mercado, obtener la ganancia media: si observamos una transacción determinada, es fácil comprender que el pescador, que ya ha invertido trabajo, desgaste de sus medios de producción y dinero, acepte vender su producción por precios que no cubren la ganancia media; lo que debe ser explicado es por qué, una vez llevada a cabo la venta, renuncia su proceso laboral. Y, de acuerdo a lo que hemos visto, esta pregunta debe ser planteada en términos de la movilidad del trabajo de los miembros de la unidad del pescador.

Debemos preguntarnos, pues, por qué el pescador no transfiere su actividad como pequeño productor a otra rama de la producción. La respuesta es que no lo hace porque las características de sus «herramientas», de sus medios de producción, no se lo permiten. En primer lugar, como ya hemos visto, dichos medios tienen escaso valor, y tal valor se realiza en precios bajos en el mercado. En este sentido, los medios de producción del pescador presentan, desde un punto de vista cuantitativo, una forma «no libre»: no constituyen, pues, un capital en el sentido estricto del término, lo que significa que el pescador no puede obtener de su venta una cantidad de dinero que le permita ingresar a otra actividad como pequeño productor. En segundo lugar, estos medios tampoco presentan una productividad lo bastante elevada como para favorecer una acumulación sostenida que permita al pescador conformar un capital en el corto o mediano plazo: en este sentido, la productividad de sus medios de producción retarda el proceso de acumulación y, de esta forma, pospone—a veces indefinidamente—sus posibilidades de pasar a otra rama de la producción. Es significativo, a este respecto, que las características técnicas de los medios de producción empleados en el proceso de captura hayan permanecido invariables desde la conformación de la rama en el área (en la década de 1960), hasta los últimos años de la década pasada (a partir de 1986 aproximadamente han comenzado a utilizarse canoas metálicas de mayor tamaño, así como

cajones térmicos que permiten al pescador conservar más tiempo al pescado; por el momento, sin embargo, estas innovaciones no se han generalizado): esta estabilidad tecnológica debe ser considerada en relación con la noción de «acumulación controlada» por el capital, a la que nos hemos referido repetidamente y sobre la cual volveremos.

Cabe preguntar, sin embargo, por qué el pescador no se dedica exclusivamente a la caza, teniendo en cuenta que dispone de medios para hacerlo y que el valor de sus «herramientas» podría permitirle adquirir más medios para la caza. La razón de que no lo haga -y de que, en la mayor parte de los casos, las unidades que practican la pesca y la caza organicen su actividad en torno a la primera- es que la caza es una actividad sujeta a frecuentes discontinuidades, puesto que la demanda no es permanente y existen temporadas de veda, mientras que la pesca presenta una demanda más estable -aunque no homogénea, puesto que cae considerablemente durante los meses de verano-, y el sábalo (la especie de mayor demanda y más abundante en la zona) no está sujeto a veda alguna.

Por último, el pescador tampoco puede extender su actividad a otros procesos de trabajo dentro de la pesca (conservación y traslado), a causa de las diferencias de valor existentes entre los medios requeridos por tales procesos y los que él posee y emplea en la captura. Tampoco cuenta, además, con el conocimiento del mercado y con los contactos comerciales imprescindibles para introducirse en el mismo. Para extender -o transferir- su actividad al resto de la producción pesquera, el pescador debe comenzar por intensificar el trabajo de su unidad y por distribuirlo adecuadamente entre la pesca, la caza y las demás actividades que ella abasque, a fin de lograr un nivel mínimo de acumulación que le sirva de punto de partida (recordemos que la productividad de sus medios es limitada). De esta forma, puede aspirar a adquirir nuevos medios y contratar trabajo y, entonces, en base a la combinación del trabajo de su unidad y del trabajo de sus peones (esto es, trabajo asalariado, por lo general pagado a destajo), a aumentar su ritmo de acumulación. Por vía puede adquirir medios mínimos para el acopio de pescado -una camioneta y un cajón térmico, por ejemplo-, que le permitan vender su producción en lugares relativamente cercanos, o bien comprar la producción de pescadores independientes y revenderla, junto con lo aportado por sus peones, a un acopiador extralocal. De esta forma, un pescador independiente puede llegar a extender su actividad al conjunto del proceso productivo, transformándose en un empresario, en ciertos aspectos, capitalista -en ciertos aspectos, decimos, porque su trabajo personal y probablemente también el de otros miembros de su unidad sigue siendo insustentable, im-

prescindible para la continuidad de su proceso laboral.

Sin embargo, esta posibilidad sólo está abierta a unos pocos productores. Por un lado, porque la posibilidad de intensificar el trabajo y de distribuirlo convenientemente entre las diferentes actividades depende de la composición del grupo doméstico del pescador¹³; no siempre el pescador puede distribuir el trabajo de su unidad entre la caza y la pesca cuando ello resultaría conveniente, porque las condiciones de su grupo doméstico pueden ser inadecuadas: por ejemplo, podría suceder que un pescador que considere conveniente dedicarse temporalmente a la caza para aprovechar una temporada de precios altos, se vea forzado a dejar sus herramientas de pesca en manos de un peón al no tener sus hijos la edad suficiente como para pescar sin su compañía. Además, la capacidad de reinversión en la producción depende, para el pescador, de los gastos implicados en la reproducción de su grupo doméstico, los cuales también varían con la composición del mismo. Por otra parte, no todos los pescadores están igualmente capacitados; existen, por el contrario, pescadores capaces de sacar mejor provecho de los medios de trabajo (y de su propio trabajo), porque ejecutan mejor las técnicas de pesca, porque conocen mejor los lugares adecuados para pescar en cada momento del año, etc. Estas diferencias de capacitación inciden directamente en las posibilidades de acumulación de los productores. Por último, ni siquiera todos los productores que lleguen a disponer de un nivel de acumulación que les permita comenzar a acopiar podrán hacerlo. Si una persona quiere actuar como acopiador local -revendiendo el producto a los acopiadores extralocales- debe ser capaz de garantizar un volumen mínimo a sus clientes en forma estable; ahora bien, a menos que pueda garantizar esa cantidad en base a la producción de sus peones, deberá adquirir el producto de pescadores independientes; y, puesto que nada le brinda un control directo de esos productores y que no puede pagarles más de lo que les pagaría el acopiador extralocal, sólo podrá asegurarse de que le entreguen su producción a él (y no a otro acopiador), si mantiene con ellos relaciones que excedan lo estrictamente comercial. En este sentido, la posición de un pequeño acopiador local -de uno que no trabaje exclusivamente con pescadores asalariados- depende de relaciones personales (dadas por el parentesco, la amistad, la deuda, etc.), con un cierto número de pescadores. Pero no todos los pescadores cuentan con estas relaciones o están en condiciones de construir las, por lo que la obtención de un nivel de acumulación suficiente para volcarse al acopio de pescado no significa que puedan hacerlo en la práctica.

Vemos, entonces, que la forma de los medios de producción con que cuenta el pescador -y la de aquellos de los que él no dispone y que se utilizan en los

procesos de traslado y de conservación- le impide transferir la actividad de su unidad a otras ramas de la producción o a otros procesos de trabajo en la pesca conservando su independencia. Sus opciones reales se reducen a la proletarianización (alternativa que algunos productores escogen), y a la permanencia en el ámbito de la captura aprovechando al máximo su capacidad de acción en él, es decir, persiguiendo la obtención de ganancias (a través de la combinación de actividades, de la intensificación del trabajo en Semana Santa, etc.) en la medida en que ello no implique arriesgar la reproducción de su unidad y de las condiciones de su proceso laboral. Este límite, dado por las características de los medios de producción del pescador, es lo que permite que el capital, a través de diversos mecanismos de intercambio desigual en los mercados de productos -de pesca y caza-, de trabajo y, secundariamente, de dinero, reproduzca las unidades de los pescadores -lo que es igual a decir que reproduce el proceso de captura y que, con ello, sienta las bases de la reproducción de la actividad en su conjunto. Para completar nuestro análisis debemos pasar a considerar la forma en que el capital desarrolló esta rama y sentó las condiciones de su reproducción, lo que nos permitirá, además, referirnos brevemente a las posibles tendencias actuales de su modalidad de subordinación.

El de la pesca en el Dpto. de Victoria es un caso de desarrollo de una nueva rama de la producción a partir de formas anteriores muy diferentes. Solo unas pocas unidades son refuncionalizadas y subordinadas por el capital, en tanto que el resto de ellas es conformado a partir del ingreso del capital en los años sesenta. Las formas de pesca practicadas en la región hasta ese momento se caracterizaban por la identificación del proceso productivo con un único proceso de trabajo: así, en el «palanqueo», un productor independiente pescaba y vendía su producto puerta a puerta, mientras que las «pesquerías» eran unidades capitalistas que llevaban a cabo la captura del pescado y su posterior industrialización para la producción de aceite ¹⁴. Por el contrario, como hemos visto, la producción pesquera actual se caracteriza por estar dividida en varios procesos de trabajo llevados a cabo por diferentes unidades de producción. El capital refuncionaliza las unidades de los palanqueros separando las tareas de captura y de venta del pescado, y absorbe parte de la fuerza de trabajo de las pesquerías, a las que no podía refuncionalizar debido a las características de sus técnicas de captura (ver la nota 14). Pero, como el mercado abierto por los acopiadores es demasiado grande para que las unidades refuncionalizadas puedan abastecerlo, el capital necesita desarrollar nuevas unidades y emplear fuerza de trabajo que antes no estuviera dedicada a la pesca ¹⁵. De esta forma,

la actual producción pesquera es el resultado del desarrollo -en condiciones de subordinación- de nuevas unidades y de la refuncionalización de un sector minoritario de unidades dedicadas anteriormente a otras formas de pesca.

El desarrollo de la rama de la producción pesquera actual en el área comienza en la década de 1960, con el inicio de las operaciones en el Dpto. de Victoria de varios acopiadores provenientes de la provincia de Santa Fe. En un comienzo, los acopiadores entregan herramientas a personas que pescan para ellos en condición de peones. Tales herramientas coinciden parcialmente con las que se empleaban en el área (canoa, espinel), pero también presentaban algunas novedades (motores en lugar de velas y remos, redes de nylon a cambio de las de algodón), las cuales conllevaban aumentos en la productividad.

La intervención de esos acopiadores abre nuevos mercados para el potencial pesquero del área (NOA, Misiones, etc.), atrayendo a la pesca trabajo y capitales. Capitales, porque algunas personas -los acopiadores locales- invierten en equipos y peones y venden su producción a los acopiadores extralocales. Trabajo, porque amigos palanqueros y trabajadores de las pesquerías, habitantes de la zona de islas y otras personas comienzan a trabajar en la nueva producción pesquera. Muchos lo hacen como peones de los acopiadores, llegando con el tiempo a independizarse; otros, en cambio se vuelcan a la pesca de manera independiente. Esta posibilidad estaba abierta fundamentalmente a los palanqueros y a quienes -habitando en las islas, el campo o la ciudad- disponían de herramientas y solían pescar ocasionalmente: es decir que podían pescar independientemente quienes tenían las herramientas mínimas y los conocimientos necesarios para hacerlo.

Es necesario advertir, sin embargo, que al no contar con el control del precio del pescado -puesto que no disponen de los medios de conservación y de acceso directo al mercado-, los productores independientes debían adaptarse a las condiciones tecnológicas introducidas por el capital con el fin de resistir la competencia de las unidades controladas directamente por los acopiadores. Esta adaptación se vio favorecida por el valor relativamente bajo de los nuevos medios y por el carácter parcialmente doméstico de la fabricación de las redes -es decir, por tratarse de una tecnología relativamente sencilla y barata-. Por idénticas razones, a la larga, muchos peones de los acopiadores pudieron independizarse: esta posibilidad también fue favorecida por la acción del Estado municipal y provincial, que actuó entregando herramientas que los pescadores pagaban vendiendo su producción al Estado.

Vemos, pues, que el control directo asumido por el capital sobre la totalidad del proceso productivo le

permitted introducir determinados medios de producción que resultaban accesibles para personas que no contaban con una acumulación previa considerable. Ello hizo posible la formación de un sector de unidades independientes que, a la larga, debieron adaptarse a las condiciones tecnológicas en que se desarrollaba la producción controlada directamente por el capital. Por otra parte, esos mismos medios, según vimos, no permiten a los nuevos pequeños productores extender su actividad a los procesos de conservación y traslado que quedan, así, separados de manera tal que el capital puede controlar la captura indirectamente a partir de su control directo de los restantes procesos, ni pasar a otras ramas de la producción conservando su condición de productores independientes.

Posteriormente, el capital retrocede en su control directo del proceso de captura, especialmente en lo que se refiere a la producción canalizada a través del puerto de la ciudad de Victoria: por un lado, los acopiadores extralocales abandonan toda injerencia directa en dicho proceso y, por el otro, los acopiadores locales que son dueños de medios de producción limitan su actividad a áreas cuya producción no ingresa por el puerto de Victoria¹⁶. En el marco de esta modalidad de control indirecto del proceso de captura, el capital reproduce las unidades pescadoras a través del intercambio desigual, de acuerdo con lo que hemos visto más arriba. La capacidad puesta en juego por el capital para reproducir la producción pesquera es, pues, la misma que le permitió desarrollarla: el control de los modos de apropiación de los factores de la producción¹⁷. Ese control le permite separar el proceso productivo en varios procesos de trabajo, y

...la separación de los procesos reproduce en uno de ellos, el de captura, unidades de producción que no tienen en sí la posibilidad de su reproducción social. Estas unidades reproducen a los individuos pero no al proceso global: esta reproducción del proceso global, es decir la reproducción social del proceso de trabajo se realiza a través de la circulación (Rosano, A., 1987).

Y la circulación, como sabemos, es controlada por el capital.

Es necesario advertir, sin embargo, que la reproducción de la producción pesquera por el capital no es estática: por el contrario, tanto el grado como las modalidades de su subordinación experimentan transformaciones. Quisiéramos, para concluir con esta sección, referirnos brevemente a las tendencias actuales en este sentido.

Como ya hemos apuntado (pp. 50), las condiciones técnicas del proceso de captura permanecieron relativamente inalteradas desde su establecimiento en la

década del sesenta hasta los últimos años de la del ochenta, cuando algunos pescadores comenzaron a utilizar canoas metálicas de mayor tamaño -y, por ende, de mayor capacidad de carga-, así como cajones térmicos que permiten conservar el pescado durante períodos más prolongados. Estas innovaciones han sido introducidas por unidades de nivel de acumulación elevado, unidades que -merced a haber contado con condiciones comparativamente favorables en cuanto a la composición del grupo doméstico, de su inserción en un conjunto de relaciones sociales¹⁸, etc.- han accedido a una acumulación tal que pueden regir su actividad económica (si no totalmente, al menos en gran medida) en torno del objetivo de obtener ganancias. Se trata de unidades que combinan el -aún fundamental- trabajo doméstico con el trabajo asalariado, y que poseen dos o más equipos complejos trabajando; si bien sus medios de producción no presentan un gran valor, estas unidades están en condiciones de aborrazar sumas que les brindan una discreta movilidad que las distingue del resto de las unidades.

Sin embargo, las innovaciones adoptadas por ellas no se han generalizado y -si bien aún es muy pronto para abrir un juicio definitivo- no parece arriesgado sugerir que no han de hacerlo. En este sentido, conviene recordar que, como apunta Bartra (1982: 65), «el factor dinámico en el proceso de paulatina subsumción real es la subsumción formal»: ello implica que, en una rama en que el control directo del capital se reduce a unas pocas unidades (o no exista en absoluto), las posibilidades de introducir mejoras en la productividad a través de nuevas tecnologías o de organizaciones más eficientes del trabajo son limitadas, puesto que el plusvalor producido por los pequeños productores es apropiado por otros actores. Así ocurre en el caso de la pesca del sur del Paraná entrerriano, en tanto que las tecnologías adoptadas por los productores más «capitalizados» están fuera del alcance de la mayoría de las unidades.

En este sentido, encontramos algunos indicios de cambios incipientes en la modalidad de subsumción vigente en el proceso de captura. En primer lugar, parecen cobrar mayor importancia las unidades con mayor nivel de acumulación a las que acabamos de referirnos, en lo que respecta a su papel de organizadoras de la producción para el capital, es decir para los acopiadores extralocales: la reunión de tres o cuatro equipos de pesca bajo el control de un mismo productor puede permitir una organización del trabajo más adecuada a la racionalidad capitalista. Este tipo de concentración de las tareas de la captura entraña, sin embargo, para los acopiadores extralocales el riesgo de llegar, a largo plazo, a enfrentar una oferta integrada exclusivamente por productores capitalistas capacitados para imponerles precios más elevados.

Una segunda tendencia, que parece más definida, es la del ingreso de los acopiadores extralocales en el proceso de captura. Un primer paso en esta dirección es la reciente generalización del empleo por estos actores de barcos que les permiten acceder directamente al lugar en que se realiza la captura, lo que permite que los pescadores -aún independientes- dediquen más tiempo neto a la pesca, evitando los largos viajes de y hacia el punto de descarga. Esta constituye una introducción de tecnología que modifica la organización del proceso de captura, con la ventaja de que no requiere de una acumulación previa por parte de los pescadores, puesto que no son ellos sino los acopiadores quienes controlan los barcos. Se trata de un incremento en el grado de subsunción material, esto es, de adaptación a la racionalidad técnica del capital sin subsunción formal previa. Sin embargo, esta tendencia podría concluir en un incremento de la subsunción formal, puesto que algunos acopiadores extralocales manifiestan la intención de agregar el empleo de barcos la compra de canoas y herramientas y la contratación de peones (de hecho, uno de ellos tiene actualmente diez equipos en preparación). Si esta intención se concretara significaría el establecimiento del control directo del capital sobre el proceso de captura, iniciándose una etapa de subsunción formal del trabajo pesquero por el capital. Sin embargo, como la anterior, esta es una tendencia demasiado incipiente aún como para prever su desenlace. Por el momento, como nos explicara hace poco un acopiador extralocal, la «base» de su negocio sigue siendo la «relación comercial».

CONCLUSION

En el curso de las páginas precedentes hemos expuesto diversas críticas a la postura de Armando Bartra respecto de la existencia de formas de pequeña y mediana producción campesina no empresarial en formaciones sociales capitalistas. Sin embargo -como el lector habrá podido advertir- las respuestas a la mayor parte de estas críticas surgieron del desarrollo de ideas sugeridas por el mismo Bartra, lo que implica que su análisis, aunque incompleto, está bien examinado.

En nuestra opinión, su intento de analizar la economía campesina desde un doble punto de vista -partiendo primero desde el capital global para llegar a ella y emprender, a continuación, el camino inverso- constituye un acierto fundamental. Es cierto que, debido al nivel de generalidad en que se ubica, no logra profundizar el estudio de la capacidad del capital para subordinar formas de producción no empresarial e incurre en el error de analizar la economía campesina de manera abstracta, suponiendo siempre que los mecanismos de subordinación del capital han actuado previamente sobre ella. Pero ello no invalida su intento de demostrar el carácter capitalista de la producción campesina, superando los análisis que nos la presentan como una mera supervivencia de un pasado pre-capitalista. En este sentido, pensamos que el análisis de Bartra constituye un punto de partida más que interesante para cualquier estudio de casos de producción campesina en particular y de pequeña producción no empresarial en general.

NOTAS

- 1 La funcionalidad de la existencia de unidades campesinas para el proceso de valorización del capital global ha sido tratada por Bartra en relación a la renta capitalista de la tierra (1979; 1982, cap. IV; 1989, pp. 5 a 7), así como en términos de la reproducción de la fuerza de trabajo consumida sólo parcialmente por el capital en forma directa (1989, pp. 7 a 9).
- 2 En el mismo sentido, V. Benfroid-Thomson escribe:
La posibilidad y la necesidad de aplicar la teoría del valor al trabajo de subsistencia, vale decir ampliarla, por una parte resulta del hecho histórico, que la relación trabajo asalariado-capital analizada por Marx en un modelo heurísticamente limitado es la relación que determina esta sociedad y es absolutamente diferece, si analizamos la sociedad actual bajo este punto de vista de un modo histórico y dialéctico o si estilizamos la relación trabajo asalariado-capital de un modo absolutamente no histórico y no dialéctico como si fuera la única relación de producción capitalista (1981: 153).
- 3 El análisis teórico de la relación existente entre la forma de los medios de producción de los pequeños productores no empresariales y su movilidad laboral será encarado aquí de manera relativamente abstracta. Como se verá, el mismo se basará en la comparación entre las formas en que tales relaciones se presentan en las unidades no empresariales y en las de tipo capitalista. En dicha comparación supondremos -siguiendo a Bartra y, a través de él, a Marx- que el carácter «libre» de los medios de producción del empresario capitalista basta para brindarle una movilidad ilimitada, de forma tal que es capaz de transferir su actividad a otras ramas de la producción cada vez que lo propone. Ello, evidentemente, no es cierto, en la medida en que movilidad depende de muchos otros factores específicos en cada caso.

Sin embargo, desde un punto de vista abstracto, el problema de la modalidad puede ser considerado desde este punto de vista. Posteriormente, en el tratamiento de nuestro caso, tendremos en cuenta la complejidad real de la cuestión.

- 4 La opción por un análisis centrado en los factores cuantitativos es desmedro de los cualitativos se relaciona, también, con las características del caso que es objeto de nuestras tareas de investigación.
- 5 Si el proceso de trabajo desarrollado por un pequeño productor no constituye, en sí mismo, un proceso productivo, ello significa que un proceso productivo puede no ser una unidad «inmediata» de un proceso de trabajo y uno de valorización, que es cómo lo definimos anteriormente (pp. 4), siguiendo a Bartra y Marx. Precisamente, cuando Bartra desarrolla la diferenciación entre subunción en general y en particular, lo que hace es demostrar la posibilidad de que el capital -a partir de su control en general de cada proceso de trabajo- imprima a determinados procesos de producción una forma particular caracterizada por la ausencia de una unión inmediata entre el proceso de valorización y el o los procesos de trabajo (véase Bartra, 1982: cap. IV). Así:
[en algunas] ramas o secciones de una rama la unidad del proceso de trabajo y el proceso de valorización no es inmediata, es decir que la plena subunción no es en ellas una forma particular. Naturalmente esto no significa que en éstas el proceso de trabajo no esté al servicio del proceso de valorización y en unidad con él, lo que sucede es que ahí esta unidad no es inmediata (Ibid.: 63; subrayados de Bartra).
- 6 La presencia de estos elementos de carácter capitalista en la lógica de los pequeños productores no empresariales se explica, asimismo, en relación con la acción de los medios de comunicación de masas y del sistema educativo formal. No nos extenderemos aquí sobre estos factores, puesto que su tratamiento nos llevaría de nuestra argumentación central. Nos limitaremos, pues, a advertir que, además de su contribución a la introducción de elementos capitalistas en la lógica de los pequeños productores, estos factores pueden incidir en la determinación de las necesidades (socialmente dadas) en virtud de las cuales las pequeñas unidades se ven compelidas a establecer relaciones de intercambio con otras unidades y en el mercado capitalista.
- 7 Hemos visto que la dependencia del pequeño productor con respecto al capital para la obtención de parte de sus medios de consumo productivo y reproductivo, permite la introducción de elementos de tipo «capitalista» en la lógica económica de los pequeños productores. En ese sentido, tal dependencia resulta funcional para el capital. Queremos hacer notar que ella es funcional al capital en otro sentido: ella significa, para el capital, la posibilidad de extraer plusvalor al pequeño productor en el mercado de productos actuando (el capital) como vendedor. El capital explota al pequeño productor cuando compra su trabajo y sus productos, pero también lo hace cuando le vende medios de consumo productivo y reproductivo (y lo hace, también, en el mercado de dinero, al otorgarle préstamos, créditos, etc.). Ello permite al capital «dispersar» la extracción de plusvalor, lo que, entre otras cosas, significa que la explotación se encubierta en tanto que ella se consuma en tres mercados: el de productos (donde el capital actúa como comprador y como vendedor), el de trabajo y el de dinero. La explotación se oculta al dispersarse cuantitativamente y, además, al tratar el productor con distintos capitales individuales en cada mercado: en ese sentido, la dependencia del pequeño productor resulta políticamente funcional al capital. (Respecto de la explotación de los pequeños productores en los mercados de productos, trabajo y dinero, véase Bartra, 1982: cap. V).
- 8 La información con que contamos para el análisis de este caso es el producto del trabajo de los miembros del equipo de investigación del PID-CONICET 149 y el PIA-CONICET 1049, ambos dirigidos por el Lic. Mauricio F. Boliva. En el marco de dichos proyectos, nos desempeñamos desde 1986 en calidad de auxiliar de investigación. Asimismo, contamos desde 1988 con una boca de investigación para estudiantes de la Universidad de Buenos Aires (SECyT-UBA). Partes de la investigación aquí utilizada se encuentra sistematizada en Rozado, A., 1987; Ayerdi, C., 1989; y Balbi, F. 1988 y 1989.
- 9 Aparte de la producción de pescado «fresco» (enfriado en hielo) para consumo interno, encontramos en el área procesos de producción de pescado congelado y salado, así como de filetes de pescado. Estos procesos se diferencian del aquí analizado por incluir algún tipo de industrialización del producto (véase Balbi, 1989), y no serán tratados aquí en virtud de su carácter minoritario.
- 10 Un importante factor a tener en cuenta en el análisis de las capacidades diferenciales de acumulación de las unidades pesqueras del área es el constituido por la presencia de la cooperativa de pescadores de la ciudad de Victoria. La consideración de la relación entre la reproducción de los grupos domésticos de los pescadores y la pertenencia a la cooperativa ha sido realizada por Ayerdi, C. (1989: 33 y ss.). Por nuestra parte, no nos referiremos específicamente a esta cuestión, que constituye, por sí misma, un complejo tema que excede los límites de nuestro trabajo. Sin embargo, nos referiremos ocasionalmente a la cooperativa en relación con diversos aspectos de nuestro análisis.
- 11 Este aumento de precios tiene que ver, además, con la presencia de la cooperativa de pescadores, la cual, en virtud de su control de grandes volúmenes de producción, participa de la fijación de los precios junto con los acopiadores.
- 12 Que el pescador no obtenga la ganancia media no significa que obtenga el precio de costo. Por el contrario, como hemos visto (véase la nota 7), el capital no extrae todo el plusvalor del pequeño productor a través de la compra de sus pro-

ductos, sino que lo hace al venderle productos, al adquirir su trabajo, al concederle créditos, etc. En el caso particular del pescador, el capital le extrae plusvalía:

- en el mercado de productos: al venderle medios de producción para la pesca y la caza; al comprarle su producción de pescado y cueros; al venderle medios de consumo no productivo.

- en el mercado de trabajo: al contratar el trabajo del productor o de otros miembros de su unidad para diversas actividades.

- en el mercado de dinero: al otorgarle créditos, préstamos, etc. (este mecanismo opera en menor medida).

- 13 Las formas de pequeña producción no empresarial a las que nos referimos en el curso de este trabajo se basan en el empleo de trabajo de los grupos domésticos de los productores. Ello puede implicar, en muchos casos la coincidencia del grupo doméstico y la unidad de producción. En nuestro caso, el grupo doméstico del pescador es también la unidad de producción del proceso de captura (respecto de los conceptos de grupo doméstico y unidad de producción, véase Ayerdi, 1989).

- 14 Los «palanqueros» empleaban caucos similares a los utilizados en la actualidad, pero impulsados por velas y remos. Sus redes eran de algodón, menos resistentes y de vida útil más breve que las actuales de nylon. El mercado que abastecía era, evidentemente, restringido al nivel local, por lo que la actividad ocupaba un número de personas muy inferior al que se desempeña en la producción pesquera actual. En la actualidad, aún es posible encontrar palanqueros en la ciudad de Victoria.

Las pesquerías ponían en práctica una técnica de captura «enajada» del cauce del río de una margen a la opuesta que actualmente se encuentra prohibida en el área a causa de sus desastrosos efectos sobre el recurso. Este tipo de unidad productiva no podía ser puesta al servicio de la nueva producción pesquera puesto que presentaba características técnicas inutilizables por ella (no se basaba en la pesca con red botes pequeños). Sin embargo, muchos antiguos trabajadores de las pesquerías, así como hijos de esos trabajadores, se dedicaron a la pesca que se practica actualmente.

- 15 Hablamos de «refuncionalización de unidades preexistentes» cuando el capital subordina a una unidad que, antes de ser subordinada, centraba su economía en torno a la producción pesquera tal como ella se practicaba hasta ese momento: éste es el caso de los palanqueros que pasaron a pescar para vender su producción a los acopiadores. Por el contrario, hablamos de «desarrollo de nuevas unidades», cuando ingresan a la actividad productores que hasta ese entonces basaban la reproducción de su grupo doméstico en otras actividades: tal es el caso de quienes, contando con las herramientas necesarias para la pesca, la practicaban sólo ocasionalmente o como actividad complementaria.

- 16 No podemos extendernos aquí respecto de la conveniencia para el capital del mantenimiento de formas de control indirecto (sin subsecuencia formal) sobre las unidades que desarrollan la captura. Digamos simplemente que la pesca, al basarse en un recurso natural, presenta variaciones en la productividad que se encuentran fuera del control de los productores: en este sentido, al dejar la captura en manos de productores independientes, el capital les transfiere las pérdidas que pudieran resultar de esas caídas de la productividad. Asimismo, el capital se ahorra el pago de la reproducción total de fuerza de trabajo que consume sólo parcialmente a causa de la estacionalidad de la demanda de pescado: así, para el capital que opera en la pesca, la participación de los pescadores en otras actividades productivas como la caza resulta funcional (y, a la inversa, ello es funcional para el capital que opera en la producción de cueros).

Respecto de la presencia de acopiadores locales en las zonas rurales, digamos que ésta sirve también a la valorización del capital. Por un lado, porque las unidades dedicadas a la pesca en las afueras de la ciudad de Victoria se encuentran demasiado dispersas para que los acopiadores extralocales puedan reunir personalmente su producción. Y, por otro lado -y funcionalmente-, muchas de estas unidades no se dedican centralmente a la pesca, sino que ésta aparece como un complemento de sus ingresos, razón por la cual su producción no es lo bastante significativa como para que el acopiador extralocal invierta en los gastos que implica reunirlos (y en las molestias necesarias para hacerlo). En este marco, la labor de los acopiadores locales permite a los extralocales apropiarse de esa producción con un mínimo esfuerzo.

- 17 No nos hemos referido en esta sección al modo de apropiación de los factores de la reproducción del pescador. Ello requiere una breve aclaración.

En la sección anterior, al tratar esta cuestión (pp. 38 y ss.), afirmábamos que el pequeño productor se relaciona con el capital porque no encarna los valores de uso que necesita en otro lugar más que el mercado capitalista. Esto es cierto a un nivel abstracto, pero, si se lo considera desde un punto de vista concreto, nos presenta la imagen falsa de una unidad que primero produce y luego mira al exterior en busca de valores de uso que no ha podido producir. En nuestro caso encontramos, más bien, que los grupos que ingresan a la pesca dependen del mercado para la mayor parte de su consumo desde antes de iniciarse en ella. No se trata, así, de que comiencen a producir y luego necesiten intercambiar en el mercado, sino que se actúa en la pesca con el fin de obtener el dinero que les permita adquirir determinados valores de uso (haciendo abstracción de la intención de obtener ganancias).

Los únicos casos en los que nos enfrentamos con situaciones aproximadamente coincidentes con la que hemos visto en el análisis abstracto, son aquellos en los que el capital, al tiempo que refuncionaliza a un sector de unidades campesinas, disuelve un mercado local preexistente en el que los pequeños productores obtenían los valores de uso que cada uno

de ellos era incapaz de producir.

- ¹⁸ En la nota 10 hicimos referencia a la incidencia de la pertenencia a la cooperativa de pescadores sobre las posibilidades de acumulación de los pescadores. Ayendi (1989: 36 y ss.), afirma que dicha pertenencia incide en las posibilidades de reproducción de los grupos domésticos a partir de los diferentes servicios que presta la cooperativa a sus socios: constancia en las ventas, préstamos, apoyo en casos de enfermedad del productor o de bajas en la producción, etc. A este respecto, es interesante advertir que no todos los grupos cooperativizados sacan el mismo provecho de estos servicios. En este sentido, el aprovechamiento de la cooperativa con vistas a la reproducción parece estar en relación con una multiplicidad de factores, entre los cuales debemos considerar la composición del grupo doméstico y las relaciones de que dispone.

BIBLIOGRAFIA

a- Libros, artículos e informes citados

- ARCHETTI, E. y K. STÖLEN (1974): «Tipos de economía, obstáculos al desarrollo capitalista y orientaciones generales de los colonos del norte de Santa Fé», en *Desarrollo Económico*, = 53. Buenos Aires.
- ARCHETTI, E. y K. STÖLEN (1977): *Explotación de mano de obra y acumulación de capital en el campo argentino*. S. XXI. Buenos Aires.
- AYERDI, C. (1989): «Producción y reproducción en la actividad pesquera. Un análisis de los grupos domésticos». CONICET-Beca de iniciación. Informe de avance. Buenos Aires. *Inédito*.
- BALBI, F. (1988): «El trabajo pesquero y la valorización del capital: el carácter capitalista de una forma de trabajo marginal». Sección Antropología Social-Inst. de Cs. Antropológicas, FFyL-UBA. Informe interno. Buenos Aires. *Inédito*.
- BALBI, F. (1989): «Estudio de los procesos de trabajo desarrollados en el Instituto del Pescado, Diamante, Entre Ríos». SECyT-UBA. Beca de investigación (cat.: estudiantes). Informe de avance. Buenos Aires. *Inédito*.
- BARTRA, A. (1979): «La renta capitalista de la tierra», en *Cuadernos Agrarios*, año 4, = 7-8. México.
- BARTRA, A. (1982): *La explotación del trabajo campesino por el capital*. Ed. Macchiá-C.P.A. de ENAH. México, la reimpresión.
- BARTRA, A. (1989): «Campesinado: base económica y carácter de clase», en *Cuadernos de Antropología Social*, vol 2, = 1. Sección Antropológicas, FFyL-UBA. Buenos Aires.
- BENNHOLDT-THOMSEN, V. (1981): «Marginalidad en América Latina. Una crítica de la teoría», en *Revista Mexicana de Sociología*, = 4/81. México.
- CHAYANOV, A. V. (1985): *La organización de la unidad económica campesina*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- CHAYANOV, A. V. (1987): «Sobre la teoría de los sistemas económicos no capitalistas», en CHAYANOV, A. V. y otros: *Chayanov y la teoría de la economía campesina*. S. XXI, Cuadernos de Pasado y Presente = 94. México. 2a ed.
- GODELIER, M. (1974): *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*. S. XXI. Madrid.
- GODELIER, M. (1975): *Racionalidad e irracionalidad en economía*. S. XXI. México. 5a ed.
- MARX, K. (1985): *El Capital*, Libro I, Cap. VI (*Inédito*). S. XXI. México.
- MARX, K. (1987): *Introducción general a la crítica de la economía política*. S. XXI, Cuadernos de Pasado y Presente = 1. México. 2a ed.
- ROSATO, A. (1987): «Proceso productivo y procesos de trabajo en la actividad pesquera: el caso de los pescadores ribereños del Paraná enterriano». CONICET-PIA 1049. Informe de avance. Buenos Aires. *Inédito*.

b- Proyectos de investigación mencionados

- 1986-1988 «Análisis comparativo de la organización y el funcionamiento de las cooperativas de industrialización y comercialización de pescado en el área del Paraná Medio», CONICET-PIA 1049. Director: Lic. Mauricio F. Boivin.
- 1988 «Estudio de los procesos de trabajo desarrollados en el Instituto del Pescado, Diamante, Entre Ríos». SECyT-UBA. Beca de investigación (cat.: estudiantes). Director: Lic. Mauricio F. Boivin.
- 1989 «Estructura económica y políticas de intervención del Estado en el área del Paraná enterriano». CONICET-PID 149. Director: Lic. Mauricio F. Boivin.